

Profesión

Cuentos Completos I de Isaac Asimov

George Platen no podía disimular su excitación. Estaba fuera de sí.

—Mañana es primero de mayo —dijo—. ¡Las Olimpiadas!

Rodó sobre su estómago y miró a su compañero de cuarto por encima de los pies de la cama. ¿Acaso él no lo sentía? ¿Eso no lo impresionaba?

George tenía el rostro fino, y le había adelgazado aún más en el año y medio que llevaba en la Casa. Su físico era menudo, pero tenía un fulgor intenso en los ojos azules. Cerró los dedos sobre la colcha como si se sintiera acorralado.

Su compañero de cuarto dejó de leer un instante y aprovechó la oportunidad para regular la intensidad de la luz de la pared. Se llamaba Hali Omani y había nacido en Nigeria. Tenía tez oscura y rasgos sólidos que parecían tallados para expresar serenidad. No se inmutó ante la mención de las Olimpiadas.

—Lo sé, George.

George estaba agradecido por la paciencia y la amabilidad de Hali, pero hasta la paciencia y la amabilidad tenían un límite. ¿Acaso ése era momento para quedarse sentado como una estatua de madera oscura?

Se preguntó si él también actuaría así al cabo de diez años en ese lugar y rechazó violentamente la idea. Jamás!

—Creo que has olvidado lo que significa mayo —protestó.

—Recuerdo muy bien lo que significa —replicó Hali—. ¡No significa nada! Eres tú quien lo ha olvidado. Mayo no significa nada para ti, George Platen, y tampoco para mí, Hali Omani.

—Las naves vendrán en busca de reclutas. En junio, miles de ellas partirán con millones de hombres y de mujeres, con rumbo a todos los mundos que puedas nombrar; ¿y eso no significa nada?

—Menos que nada. ¿Qué quieres que haga, de todos modos?

Omani pasó el dedo por un pasaje difícil del libro que estaba leyendo y movió los labios en silencio.

George lo observó y pensó: demonios, pues gritar, aullar, eso puedes hacer; patéame, haz cualquier cosa.

No quería estar a solas con su furia. No quería ser el único que se sintiera tan lleno de rencor, el único que sufriese una muerte lenta.

Era mejor en aquellas primeras semanas, cuando el universo era una pequeña concha de luces y sonidos vagos que lo rodeaban. Era mejor antes de que Omani hubiera apareado y lo hubiera devuelto a una vida que no merecía la pena.

¡Omani! ¡Era viejo! Tenía por lo menos treinta años. George pensó: ¿seré así a los treinta, seré así dentro de doce años?

Y como tenía miedo de llegar a ser así le gritó:

—¿Por qué no dejas ese libro idiota?

Omani volvió una página, leyó unas palabras y levantó su melena de pelo rizado.

—¿Qué?

—¿De qué te sirve leer ese libro?

Se aproximó, soltó con un bufido un «más electrónica» y arrebató el libro de manos de Omani. Éste se levantó despacio y recogió el libro. Alisó una página arrugada, sin ofuscarse.

—Llámalo satisfacción de mi curiosidad —dijo—. Hoy entiendo un poco, mañana tal vez un poco más. Es una especie de victoria.

—¿Victoria? ¿Qué clase de victoria? ¿Eso es lo que te satisface en la vida? ¿Saber lo suficiente para ser electrónico titulado, o menos que eso, a los sesenta y cinco años?

—Tal vez a los treinta y cinco.

—¿Y entonces quién te querrá? ¿Quién te contratará? ¿Adonde irás?

—Nadie. Nadie. A ninguna parte. Me quedaré aquí a leer otros libros.

—¿Y eso te satisface? ¡Cuéntame! Me has arrastrado a los cursos. También me has puesto a leer y memorizar. ¿Para qué? En eso no hay nada que me satisfaga.

—¿De qué te servirá negarte la satisfacción?

—Me permitirá abandonar esta farsa. Haré lo que planeaba hacer antes de que me engatusaras con tu amabilidad. Los obligaré a...

Omani dejó el libro.

—¿A qué, George?

—A corregir una injusticia. Una artimaña. Le echaré el guante a ese Antonelli y lo obligaré a admitir que él..., él...

Omani sacudió la cabeza.

—Todos los que vienen aquí insisten en que es un error. Pensé que ya habías superado esa etapa.

—No lo llares etapas —exclamó George—. En mi caso es la verdad. Te he dicho...

—Me has dicho, pero en tu corazón sabes que nadie cometió ningún error en lo que a o se refiere.

—¿Porque nadie lo admite? ¿Crees que admitirían un error a menos que los obligaran? Bien, los obligaré.

Mayo sacaba de quicio a George. Era el mes de las Olimpiadas. Revivía su actitud revoltosa y no podía contenerse. No quería contenerse. Había corrido el peligro de olvidar.

—Iba a ser programador de ordenadores y puedo serlo —manifestó—. Hoy podría serlo ya, al margen de lo que muestre el análisis. —Golpeó el colchón—. Están equivocados. Tienen que estarlo.

—Los analistas nunca se equivocan.

—Tienen que estar equivocados. ¿Dudas de mi inteligencia?

—La inteligencia no tiene nada que ver con ello. ¿No te lo han dicho suficientes veces? ¿No puedes entenderlo?

George se apañó, se tendió de espaldas y miró al techo.

—¿Qué querías ser, Hali?

—No tenía planes fijos. Me hubiera agradado la hidropónica.

—¿Creías que podías lograrlo?

—No estaba seguro.

George nunca le había hecho preguntas personales a Omani. Le parecía extraño, antinatural, que otras personas hubieran tenido ambiciones y terminaran allí. ¡Hidropónica!

—¿Pensabas que terminarías aquí?

—No, pero aquí estoy.

—Y estás satisfecho. Realmente satisfecho. Eres feliz. Lo amas. No estarías en ninguna otra parte.

Omani se levantó despacio. Preparó la cama para acostarse.

—George —dijo—, eres un caso difícil. Te estás desquiciando porque no aceptas la verdad sobre ti mismo. George, estás aquí, en lo que llamas la Casa, pero nunca te oí pronunciar el nombre entero. Dilo, George, dilo; luego, acuéstate y duerme hasta calmarte.

George apretó los dientes y los mostró.

—¡No! —barbotó.

—Entonces lo diré yo —dijo Omani, y lo hizo. Pronunció cada sílaba con cuidado.

George se avergonzó al oír ese nombre. Desvió la cabeza.

Durante los primeros dieciocho años de su vida, George Platen se había encaminado en una dirección, la de programador titulado de ordenadores. Entre sus amigos se hablaba de espacionáutica, tecnología de refrigeración, control de transportes e incluso administración. Pero George mantuvo su rumbo.

Poseía tantos méritos relativos como cualquiera de ellos, ¿y por qué no? El Día de la Educación los aguardaba y era el gran acontecimiento de su existencia. Se aproximaba inexorablemente, con la certeza del calendario: el primer día de noviembre del año en que uno tenía dieciocho años cumplidos.

Después de esa fecha, había otros temas de conversación. Se conversaba sobre los gajes de la profesión, sobre las virtudes de la esposa y de los hijos, sobre el desempeño del equipo de polo espacial al que se era aficionado o sobre las propias experiencias en las Olimpiadas. Antes del Día de la Educación, por el contrario, había un solo tema que invariablemente interesaba a todos, y era ese mismo Día de la Educación.

«¿En qué vas a presentarte? ¿Crees que aprobarás? Demonios, eso no sirve. Mira los registros., han reducido los cupos. Logística, en cambio...»

O hipermecánica, en cambio... O comunicaciones, en cambio... O gravítica, en cambio...

Especialmente gravítica. Todos hablaban de gravítica antes del Día de la Educación de George; a causa del desarrollo del motor gravítico.

Cualquier mundo que estuviera a diez años-luz de distancia de una estrella enana, dedan todos, daría cualquier cosa por un ingeniero en gravítica.

George ni se inmutaba ante la idea. Claro que darían cualquier cosa. Pero George había oído también lo que ocurría con una técnica reden desarrollada. Nuevos modelos cada año; nuevos tipos de ingenieros gravíticos, nuevos principios; y todos esos valiosos caballeros se encontrarían anticuados y superados por los modelos recientes y de educación reciente. El primer grupo tendría que conformarse con tareas no cualificadas o embarcarse hada un mundo remoto que aún no estuviera actualizado.

Por el contrario, la demanda de programadores era permanente año tras año, siglo tras siglo. La demanda nunca alcanzaba picos extremos; nunca había un mercado buscando a la desesperada programadores, sino que la demanda ascendía gradualmente a medida que se fundaban nuevos mundos y los viejos mundos se volvían más complejos.

Discutía constantemente por eso con Rollizo Trevelyan. Como eran amigos íntimos, entablaban discusiones constantes y mordaces y, por supuesto, ninguno persuadía al otro ni se dejaba persuadir.

Pero el padre de Trevelyan había sido metalúrgico titulado y trabajó en uno de los Mundos Exteriores, y el abuelo también fue metalúrgico titulado. Él se proponía serlo a su vez, como si se tratara de un derecho familiar, y estaba convencido de que ninguna otra profesión era respetable.

—Siempre habrá metal —decía—, y es un logro moldear aleaciones según las especificaciones y observar el crecimiento de las estructuras. Pero ¿qué hace un programador? Está sentado todo el día ante un codificador, alimentando una tonta máquina de un kilómetro de longitud.

A sus dieciséis años, George había aprendido a ser práctico.

—Habrá un millón de metalúrgicos graduados contigo —dijo simplemente.

—Porque es una buena profesión. La mejor.

—Pero hay demasiada gente, Rollizo. Puedes estar muy atrás en la fila. Cualquier mundo puede producir sus propios metalúrgicos, y no hay tanto mercado para modelos terrícolas avanzados. En general se los requiere en los mundos pequeños. ¿Sabes qué porcentaje de los metalúrgicos titulados que se gradúan son contratados para mundos con calificación de Grado A? Yo lo busqué. Es sólo un 13,3%. Eso significa que tienes siete probabilidades sobre ocho de quedarte atascado en un mundo que apenas tiene agua corriente. Incluso puedes quedarte atascado en la Tierra, como le ocurre a un 2,3%.

—No es una vergüenza quedarse en la Tierra —replicó Trevelyan—. La Tierra también necesita técnicos. Y buenos.

Su abuelo había sido metalúrgico en la Tierra, y Trevelyan se tocó el labio superior para atusarse un bigote aún inexistente.

George conocía la historia del abuelo de Trevelyan y, considerando que sus propios ancestros permanecieron en la Tierra, no estaba en posición de mofarse.

—No es una vergüenza intelectual —dijo diplomáticamente—. Claro que no. Pero es interesante llegar a un mundo de Grado A, ¿verdad?

»Piensa en los programadores. Sólo los mundos de Grado A tienen los ordenadores que necesitan programadores de primera, así que son los únicos en el mercado. Las cintas de programación son complicadas y pocos cumplen los requisitos. Necesitan más programadores de los que su población puede proveer. Es una cuestión de estadística. Hay un programador de primera por cada millón. Un mundo necesita veinte y tiene una población de diez millones, así que debe acudir a la Tierra para pedir cinco a quince programadores. ¿Correcto?

»¿Sabes cuántos programadores titulados fueron a planetas de Grado A el año pasado? Te lo diré. Todos. Si eres programador, te escogen. Sí, señor.

Trevelyan frunció el ceño.

—Si sólo llega uno en un millón, ¿qué te hace pensar que tú llegarás?

—Llegaré —afirmó George.

Nunca se atrevió a decirle a nadie, ni a Trevelyan ni a sus padres, por qué se sentía tan seguro. Pero no estaba preocupado. Simplemente estaba seguro (ése fue el peor de sus recuerdos en los desesperanzados días que siguieron). Se sentía tan confiado como un niño de ocho años en vísperas del Día de la Lectura, ese antecedente infantil del Día de la Educación.

Por supuesto, el Día de la Lectura fue distinto. En parte estaba el mero hecho de la infancia. Un niño de ocho años sabe afrontar cosas increíbles. Un día no sabe leer y al día siguiente sí. Así son las cosas. Como que el sol brilla.

Y no existían tantas cosas en juego. No había funcionarios de reclutamiento ansiosos por ver las listas y las calificaciones de las siguientes Olimpiadas. Un chico o una chica que pasa por su Día de la Lectura es sólo alguien que tiene diez años más de vida en la superficie de la Tierra, sólo alguien que regresa a su familia con una nueva aptitud.

Cuando llegó el Día de la Educación, diez años después, George ni siquiera recordaba con claridad los detalles de su Día de la Lectura.

Recordaba, sí, que era un lúgubre y lluvioso día de septiembre. (Septiembre, Lectura; noviembre, Educación; mayo, Olimpiadas. Se hadan estrofas infantiles con eso.) George se había vestido a la luz de las paredes y sus padres estaban mucho más exdtados que él. Su padre era fontanero titulado y encontró empleo en la Tierra. Ese hecho era una humillación para George, aunque resultaba evidente que la mayoría de los miembros de cada generación debía quedarse en la Tierra.

Tenía que haber granjeros, mineros e incluso técnicos en la Tierra. Sólo las profesiones de nueva factura, altamente especializadas, se requerían en los Mundos Exteriores y sólo se podían exportar algunos millones anuales de entre los ocho mil millones de habitantes de la Tierra. No todos los hombres y las mujeres de la Tierra podían figurar en ese grupo.

Pero cada hombre y cada mujer podía tener la esperanza de que uno de sus hijos figurase entre ellos, y el padre de George no era la excepción. Para él era obvio (como para otros) que su hijo era un chico inteligente de mente ágil. Tenía que irle bien y más valía que así fuera, pues era hijo único. Si George no terminaba en un Mundo Exterior, tendrían que esperar a tener nietos para

obtener una nueva oportunidad, y eso estaba demasiado lejos en el futuro para ser un consuelo.

El Día de la Lectura no probaba nada, desde luego, pero sería el único indicio que tendrían antes del gran día. Cada padre de la Tierra evaluaba la calidad de la lectura cuando su hijo llegaba a casa, y la fluidez de las frases le permitía elaborar vaticinios para el futuro. Había pocas familias que no contaran con un hijo prometedor que, desde el Día de la Lectura, fuese la gran esperanza por el modo en que pronunciaba los polisílabos.

George tenía una vaga conciencia de la causa de la tensión de su padres y, si había alguna angustia en su joven corazón aquella mañana lluviosa, era sólo el temor de que la expresión esperanzada de su padre se borrara cuando él regresara a casa con su lectura.

Los niños se juntaban en la gran sala de reunión del centro educativo. En toda la Tierra, en millones de centros educativos, en todo ese mes, se reunirían grupos similares de niños. George se deprimió ante el color gris de la sala y la presencia de los otros niños, tensos y rígidos dentro de sus ropas nada habituales.

Automáticamente actuó como el resto de los niños. Localizó al pequeño grupo que representaba a su edificio de apartamentos y se reunió con ellos.

Trevelyan, que vivía al lado, aún llevaba el cabello infantilmente largo y estaba a años de distancia de las patillas y el bigote fino y rojizo que se dejaría en cuanto tuviera la posibilidad fisiológica de hacerlo.

Trevelyan (que por entonces llamaba Georgie a George) dijo:

—Apuesto a que tienes miedo.

—No —repuso George. Y añadió con fiadamente—: Mis padres tienen una pila de papel impreso en la cómoda de mi cuarto y lo leeré cuando llegue.

(La principal incomodidad de George en ese momento era que no sabía dónde poner las manos. Le habían advertido que no se rascara la cabeza ni se frotrara las orejas ni se tocara la nariz ni se metiera las manos en los bolsillos. Eso excluía casi todas las posibilidades.)

Trevelyan se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—Mi padre no está preocupado.

Trevelyan padre había sido metalúrgico en Diporia durante casi siete años, lo cual le daba cierta posición social superior en el vecindario, aunque estaba retirado y había regresado a la Tierra.

La Tierra desalentaba el regreso de los inmigrantes a causa del problema demográfico, pero algunos retomaban. Ante todo, el coste de vida era más bajo en la Tierra, y lo que era un salario irrisorio en Diporia constituía un ingreso cómodo en la Tierra. Además, siempre había hombres que sentían mayor satisfacción al exhibir su éxito ante los amigos y los paisajes de su infanda que ante todo el resto del universo.

Trevelyan padre explicaba también que, si él se hubiera quedado en Diporia, lo mismo habría ocurrido con sus hijos, y Diporia era un mundo donde había una sola nave espacial. De vuelta en la Tierra, sus hijos podrían aspirar a cualquier destino, incluso a Novia.

Rollizo Trevelyan había heredado esa obsesión. Incluso antes del Día de la Lectura, su conversación se basaba en la suposición de que terminaría viviendo en Novia.

George, abatido por pensamientos sobre la grandeza futura de su amigo y por el contraste de su pequeñez, se puso de inmediato a la defensiva;

—Mi padre tampoco está preocupado. Sólo quiere oírme leer porque sabe que lo haré bien. Supongo que tu padre no quiere oírte porque sabe que lo harás mal.

—No lo haré mal. La lectura no es nada. En Novia contrataré a gente para que me lea.

—Porque no podrás leer por tu cuenta, pues eres tonto.

—Entonces ¿cómo llegare a Novia?

Y George, enfadado, lo atacó de plano:

—¿Quién dice que estarás en Novia? Apuesto a que no irás a ninguna parte.

Rollizo Trevelyan enrojeció.

—No seré un fontanero como tu padre.

—Retira esas palabras, tonto.

—Tú retira las tuyas.

Se enfrentaron, sin querer pelear, pero aliviados por tener una actividad familiar en ese lugar extraño. Más aún, una vez que George alzó sus puños, el problema de qué hacer con las manos quedaba momentáneamente resuelto. Otros niños, excitados, se reunieron en torno.

Pero todo terminó cuando la voz de una mujer sonó estentóreamente por el sistema de altavoces. Al instante se hizo el silencio por todas partes. George bajó los puños y se olvidó de Trevelyan.

—Niños —anunció la voz—, vamos a llamaros por vuestro nombre. A medida que os llamen, acercaos a uno de los hombres que aguardan a lo largo de las paredes laterales. ¿Los veis? Llevan uniforme rojo, así que serán fáciles de encontrar. Las niñas irán a la derecha. Los niños se pondrán a la izquierda. Ahora, mirad a vuestro alrededor para ver qué hombre de rojo está cerca de vosotros...

George localizó a su hombre y aguardó a que lo llamaran. Aún desconocía los entresijos del alfabeto, y el largo tiempo que discurrió hasta su nombre le resultó perturbador.

La multitud de niños fue disminuyendo, poco a poco se dirigían hacia los guías uniformados de rojo.

Cuando al fin pronunciaron el nombre de «George Platen», su alivio sólo me superado por la satisfacción de ver que Rollizo Trevelyan aún esperaba en su sitio.

George gritó por encima del hombro:

—Oye, Rollizo, tal vez no te quieran.

Ese momento de alegría terminó pronto. Lo colocaron en una fila y lo llevaron por varios corredores en compañía de niños extraños. Todos se miraban entre sí con los ojos muy abiertos y preocupados, pero, al margen de

algún murmurado «deja de empujar» o un «oye, cuidado», no hubo ninguna conversación.

Les entregaron un papel que debían conservar consigo. George miró el suyo con curiosidad. Pequeñas marcas negras de diversa forma. Sabía que eran letras impresas, pero ¿cómo se podían formar palabras con ellas? No era capaz de imaginarlo.

Le dijeron que se desvistiera; estaba a solas con otros cuatro niños. Se quitaron la ropa nueva y cuatro menudos niños de ocho años quedaron desnudos, temblando más de vergüenza que de frío. Se acercaron técnicos médicos que los examinaron, los analizaron con extraños instrumentos y les sacaron muestras de sangre. Cada uno les pedía las pequeñas tarjetas y hacía marcas adicionales con varillas negras, a gran velocidad. George miró las nuevas marcas, pero eran tan ininteligibles como las anteriores. Ordenaron a los niños que se vistieran.

Se sentaron en sillas pequeñas y aguardaron de nuevo. Los llamaron por su nombre y «George Platen» fue el tercero.

Entró en una gran sala, llena de instrumentos intimidatorios con botones y paneles transparentes en el frente. Había un escritorio en el centro y allí estaba sentado un hombre, con la vista fija en los papeles apilados.

—¿George Platen? —preguntó.

—Sí, señor —contestó George, con un susurro trémulo.

Tantas esperas y tanto deambular lo habían puesto nervioso. Deseó que terminara aquello de una vez por todas.

—Soy el doctor Lloyd, George —dijo el hombre del escritorio—. ¿Cómo estás?

El doctor no levantó el rostro al hablar, como si hubiera repetido esas palabras una y otra vez.

—Estoy bien.

—¿Tienes miedo, George?

—N-no, señor —respondió, oyendo el temor en su voz.

—Eso está bien, pues no hay nada que temer. Veamos, George. En tu tarjeta dice que tu padre se llama Peter y es fontanero titulado, y tu madre se llama Amy y es técnica doméstica titulada. ¿Eso es correcto?

—S-sí, señor.

—Y cumples los años el 13 de febrero y hace un año tuviste una infección en el oído, ¿correcto?

—Sí, señor.

—¿Sabes por qué sé todo esto?

—Creo que figura en la tarjeta, señor.

—Así es.

El doctor miró a George por primera vez y sonrió. Tema dientes parejos y parecía mucho más joven que el padre de George. El nerviosismo de George se aplacó un poco. El doctor le pasó la tarjeta.

—¿Sabes qué significan estas cosas, George?

Aunque sabía que no, George se sobresaltó ante el repentino requerimiento de mirar la tarjeta, como si ya pudiera entenderla por un capricho del destino. Pero eran sólo marcas como antes, así que devolvió la tarjeta.

—No, señor.

—¿Por qué no?

George puso en duda la cordura del doctor. ¿Acaso él no sabía por qué no?

—No sé leer, señor.

—¿Te gustaría saber leer?

—Sí, señor.

—¿Por qué, George?

Se quedó pasmado. Nadie le había preguntado eso. No tema respuesta.

—No sé, señor —tartamudeó.

—La información impresa te guiara a través de tu vida. Tendrás que saber muchas cosas después incluso del Día de la Educación. Las tarjetas como ésta te lo dirán todo. Los libros te lo dirán. La televisión te lo dirá. La palabra impresa te dirá cosas tan útiles e interesantes que no poder leer será tan malo como no ver. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—¿Tienes miedo, George?

—No, señor.

—Bien. Ahora te diré qué vamos a hacer. Te pondré estos cables en la frente, encima del rabillo del ojo. Se adherirán, pero no te dolerá. Luego, encenderé algo que producirá un zumbido. El sonido es raro y tal vez te ocasione un cosquilleo, pero no dolerá. Si duele, me lo dices y lo apagaré, pero no dolerá. ¿Vale?

George asintió con la cabeza y tragó saliva.

—¿Estás preparado?

Asintió de nuevo. Cerró los ojos mientras el doctor realizaba su tarea. Sus padres se lo habían explicado. Ellos también decían que no dolía, pero siempre estaban los demás niños. Los chicos de diez y doce años les gritaban a los de ocho que esperaban el Día de la Lectura: «Cuidado con la aguja». Otros los llevaban aparte y les confiaban: «Tienen que abrirte la cabeza. Usan un cuchillo afilado que es de este tamaño, con un garfio». Describían detalles horripilantes.

George nunca les había creído, pero sí tuvo pesadillas, así que cerró los ojos aterrorizado.

No sintió los cables en la sien. El zumbido era algo distante, y la sangre le martillaba en los oídos con una vibración hueca, como si se hallara en una gran caverna. Se animó a abrir los ojos.

El doctor estaba de espaldas. De uno de los instrumentos salía un rollo de papel donde serpenteaba una línea roja y fina. El doctor rasgó una parte y la metió en la ranura de otra máquina. Hizo eso una y otra vez. En cada ocasión salía un fragmento de película y el doctor la miraba. Al fin se volvió hacia George, con el ceño fruncido.

El zumbido cesó.

—¿Ha terminado?—jadeó George.

—Sí —contestó el doctor, pero aún fruncía el ceño.

—¿Ahora ya puedo leer? —preguntó George. No sentía ninguna diferencia.

—¿Qué? —dijo el doctor. De pronto sonrió fugazmente—. Ha ido bien, George. Dentro de quince minutos leerás. Ahora tenemos que usar otra máquina, y esto llevará más tiempo. Te cubriré toda la cabeza y cuando la encienda no verás ni oirás nada durante un rato, pero no dolerá. Sólo por si acaso, te daré un pequeño interruptor para que lo sostengas en la mano. Si algo duele, aprietas el botón y todo se apaga. ¿Vale?

Años después, George oyó comentar que el interruptor no servía para nada, que se usaba sólo para dar confianza a los niños. Nunca lo supo con certeza, sin embargo, pues nunca oprimió el botón.

Le pusieron en la cabeza un casco curvo y con forro de goma. Tres o cuatro botones le apretaron el cráneo, pero esa pequeña presión terminó pronto. No sintió dolor.

—¿Todo bien, George? —preguntó la remota voz del doctor.

Y de pronto una capa de fieltro grueso tapó todas las sensaciones. Estaba separado del cuerpo, fuera del universo. Sólo existían él y un murmullo distante, un murmullo incesante que le hablaba desde los confines de la nada.

Se esforzó por oír y entender, pero el fieltro grueso se interponía.

Cuando le quitaron el casco, la luz era tan brillante que le hizo daño en los ojos, mientras la voz del doctor le repiqueteaba en los oídos:

—Aquí tienes la tarjeta, George. ¿Qué pone?

George miró la tarjeta y soltó un grito ahogado. Las marcas ya no eran marcas; formaban palabras. Las palabras resultaban tan claras como si alguien se las susurrara en el oído. Oía el susurro mientras las miraba.

—¿Qué pone, George?

—Pone... «Platen, George. Nacido el 13 de febrero de 6492, hijo de Peter y Amy Platen en...» —Se interrumpió.

—Puedes leer, George. Ha terminado.

—¿Para siempre? ¿No se me olvidará?

—Claro que no. —El doctor se inclinó y le estrechó la mano solemnemente—. Ahora te llevarán a casa.

George tardó días en recobrar la impresión que le producía su nuevo talento. Le leía a su padre con tal facilidad que el hombre lloraba y llamaba a los parientes para comunicarles la buena noticia.

Deambulaba por la ciudad, leyendo cada frase que encontraba y preguntándose cómo era posible que antes no las entendiera.

Trató de recordar qué se sentía al no saber leer y no pudo. Tenía la sensación de que siempre había sabido. Siempre.

A los dieciocho años, George era moreno y de talla mediana, pero tan delgado que parecía más alto. Trevelyan, un poco más bajo, tenía un físico corpulento que volvía el apodo de «Rollizo» aún más apropiado, aunque con el tiempo se había vuelto quisquilloso. El uso del apodo provocaba represalias y,

como sentía aún mayor rechazo por su nombre de pila, lo llamaban Trevelyan o Trev. Para demostrar aún más su virilidad, se había dejado patillas y un hirsuto bigote.

Estaba sudando de nerviosismo y George, que había dejado de ser Georgie para ser simplemente George, se divertía con la situación.

Se encontraban en el mismo salón grande en el que estuvieron diez años antes (y que no habían vuelto a visitar). Era como si un vago sueño del pasado hubiese cobrado súbita realidad.

Al principio, George se sorprendió al notar que todo parecía más pequeño y estrecho de lo que recordaba, y luego cayó en la cuenta de que había crecido.

El número de personas era menor que el de cuando eran niños, y los asistentes eran todos hombres. A las mujeres se les asignaba otro día.

Trevelyan se inclinó para decirle:

—No sé por qué nos hacen esperar tanto.

—Burocracia. No se puede evitar.

—¿Por qué te lo tomas con tanta paciencia? —masculló Trevelyan.

—No tengo nada de que preocuparme.

—Demonios, me enfermas. Espero que termines por ser distribuidor titulado de estiércol y que pueda verte la cara.

Escrutó la multitud con ojos sombríos y ansiosos.

George también miró en tomo. No parecía el mismo sistema que se usaba con los niños. El trámite era más lento y desde un principio les entregaban instrucciones impresas (una ventaja sobre los prelectores). Los nombres de Platen y de Trevelyan seguían estando lejos en el orden alfabético, pero esta vez lo sabían.

Los jóvenes que salían de las salas de educación, ceñudos y apocados, recogían sus ropas y pertenencias e iban a la sección de análisis para conocer los resultados.

Al salir, todos se veían rodeados por un grupo de la menguante multitud: «¿Cómo resultó?, «¿qué sentiste?», «¿cómo crees que te fue?», «¿notas alguna diferencia?».

Las respuestas eran vagas y elusivas.

George se obligó a alejarse de esos grupos, pues no hacían otra cosa que aumentar la tensión. Todos decían que se tenían mejores posibilidades si se conservaba la calma. Aun así, sentía frío en las palmas. Era raro, pero con los años aparecían nuevas tensiones.

Por ejemplo, los profesionales muy especializados que salían para un Mundo Exterior iban acompañados por un cónyuge. Era importante mantener el equilibrio de la proporción entre sexos en todos los mundos. Y si ibas a un mundo de Grado A, ¿qué chica te rechazaría? George no pensaba en ninguna chica específicamente, ni quería a ninguna. ¡No todavía! Una vez que fuera programador escogería como un sultán en un harén. El pensamiento lo excitó y procuró olvidado. Debía conservar la calma.

—¿A qué viene todo esto? —rezongó Trevelyan—. Primero dicen que funciona mejor si estás relajado y tranquilo y luego te hacen soportar esta espera y es imposible mantenerse relajado y tranquilo.

—Tal vez ésa sea la idea. Estarán separando a los chiquillos de los hombres. Tómallo con calma, Trev.

—Cierra el pico.

Llegó el turno de George. No pronunciaron su nombre, sino que apareció en letras relucientes en el panel de informaciones.

Saludó a Trevelyan con la mano.

—Tómallo con calma. No te alteres.

Estaba feliz cuando entró en la cámara de pruebas. Realmente feliz.

El hombre del escritorio preguntó:

—¿George Platen?

Tuvo una imagen de otro hombre que diez años antes le había hecho la misma pregunta, y pareció casi como si este hombre fuera el mismo y George volviera a tener ocho años al atravesar el umbral.

Pero el hombre alzó la vista y el rostro y, por supuesto, no se parecía al de aquel repentino recuerdo. Tenía la nariz protuberante, el cabello escaso y fino y la barbilla arrugada, como si hubiera sido obeso y hubiese perdido peso de golpe.

—¿Y bien? —preguntó el hombre con fastidio.

George volvió a la realidad.

—Soy George Platen, señor.

—Pues dilo. Yo soy el doctor Zachary Antonelli, y dentro de un instante nos conoceremos íntimamente.

Miró unas pequeñas tiras de película, entornando los ojos ante la luz.

George se amedrentó. Recordó brumosamente a aquel otro doctor (había olvidado el nombre) mirando una película. ¿Serían la misma persona? El otro doctor fruncía el ceño, y éste lo miraba como enfadado.

Su felicidad se esfumó.

El doctor Antonelli extendió ante sí las páginas de un voluminoso expediente y puso las películas a un lado.

—Aquí dice que deseas ser programador de ordenadores.

—Sí, doctor.

—¿Aún lo deseas?

—Sí, señor.

—Es una posición que exige responsabilidad y dedicación.

¿Te sientes a la altura?

—Sí, señor.

—La mayoría de los preeducandos no consignan una profesión específica. Creo que tienen miedo de estropear su oportunidad.

—Creo que así es, señor.

—¿Tú no tienes miedo de eso?

—Preferí ser sincero, señor.

El doctor Antonelli asintió con la cabeza, pero su expresión no se modificó.

—¿Por qué quieres ser programador?

—Es una posición que exige responsabilidad y dedicación, como ha dicho usted, señor. Es una tarea importante y estimulante. Me gusta y creo que puedo realizada.

El doctor Antonelli apartó los papeles y miró malhumorado a George.

—¿Cómo sabes que te gustará? ¿Porque crees que te destinarán a un planeta de Grado A?

Intenta intimidarte, pensó George alarmado. Conserva la calma y habla con franqueza.

—Creo que un programador tiene buenas probabilidades, señor, pero aunque me destinaran a la Tierra sé que me gustaría. Es verdad, pensó, no estoy mintiendo.

—De acuerdo, ¿cómo lo sabes?

Lo preguntó igual que si supiera que no existía una respuesta satisfactoria y George casi sonrió, pues tenía una.

—He estado leyendo sobre programación, señor.

—¿Qué?

El doctor parecía genuinamente asombrado, por lo que George se sintió complacido.

—He leído sobre el tema, señor. Compré un libro y lo estuve estudiando.

—¿Un libro para programadores titulados?

—Sí, señor.

—Pero tú no podrías entenderlo.

—Al principio no. Conseguí otros libros sobre matemática y electrónica. Procuré entender todo lo que pude. Aún no sé demasiado, pero sí lo suficiente para saber que me gusta y puedo lograrlo.

(Ni siquiera sus padres conocían el escondrijo de los libros ni sabían por qué pasaba tanto tiempo en su cuarto o por qué a veces dormía poco.)

El doctor se pellizcó la papada.

—¿Por qué hiciste eso, hijo?

—Quería asegurarme de que me interesaba, señor.

—Pero sabrás que tu interés no significa nada. Puedes estar apasionado por un tema y, si la constitución física de tu cerebro te hace más eficiente para otra cosa, serás otra cosa. Lo sabes, ¿verdad?

—Me lo han dicho—respondió George con cautela.

—Bien, pues créelo porque es verdad.

George guardó silencio.

—¿O crees que el estudio de un tema inclinará las células del cerebro en esa dirección, como en esa teoría de que una mujer encinta sólo necesita escuchar buena música para que su hijo salga compositor? ¿Eso crees?

George se sonrojó. Por supuesto que lo había pensado. Al forzar su intelecto en la dirección deseada, pensaba que tendría cierta ventaja. Gran parte de su confianza descansaba sobre ese razonamiento.

—Yo nunca... —comenzó, pero no pudo terminar la frase.

—Pues no es así. Santo cielo, jovencito, tu patrón cerebral está fijado desde el nacimiento. Se puede alterar mediante un golpe tan fuerte como para que dañe las células o porque estalle un vaso sanguíneo o por un tumor o una fuerte infección; y siempre para peor. Pero no se alterará por pensar de una forma especial. —Lo miró reflexivamente—. ¿Quién te dijo que lo hicieras?

George, contrariado, tragó saliva.

—Nadie, doctor. Fue idea mía.

—¿Quién sabía que lo hacías cuando empezaste?

—Nadie, doctor, no me proponía actuar mal.

—Nadie ha dicho que actuaras mal. En todo caso, fue un esfuerzo inútil. ¿Por qué no se lo contaste a nadie?

—Pensé..., pensé que se reirían de mí.

(Recordó una conversación con Trevelyan. George había comentado cautamente su idea, como una ocurrencia sin importancia y mencionando la posibilidad de aprender algo vertiéndolo en la mente a mano, por así decirlo, en retazos y fragmentos.

Trevelyan le contestó: «George, lo siguiente que harás será curtir tus zapatos e hilar tus camisas». George se alegró de haber guardado el secreto.)

El doctor Antonelli examinó de nuevo los trozos de película, cavilando.

—Vamos a analizarlo —dijo—. Esto no me lleva a ninguna parte.

Conectó los cables a las sienes de George. De nuevo el zumbido. De nuevo el vívido recuerdo de diez años atrás.

Tenía las manos pegajosas y el corazón le martilleaba. No tendría que haberle dicho al doctor lo de sus lecturas secretas.

Fue mi maldita vanidad, se dijo. Quiso demostrar que era emprendedor, que tenía iniciativa; en cambio, había quedado como un patán supersticioso y se había granjeado la enemistad del doctor. (Era evidente que ese doctor lo tomaba por un tipo que quería pasarse de listo.)

Y estaba tan nervioso que sin duda el análisis no revelaría nada que tuviera sentido.

Ni se dio cuenta de cuándo le quitaron los cables. De pronto se encontró frente a la mirada pensativa del doctor; los cables ya no estaban. Recobró la compostura con un esfuerzo tremendo. Había renunciado a su ambición de ser programador. En diez minutos había desaparecido.

—Supongo que no, ¿verdad? —dijo consternado.

—¿No qué?

—Que no seré programador.

El doctor se frotó la nariz.

—Recoge tu ropa y tus demás pertenencias y ve a la sala 15-C. Allí te espera tu expediente y mi informe.

—¿Ya estoy educado? —exclamó George, sorprendido—. Pensé que esto era sólo...

El doctor Antonelli miró al escritor.

—Ya recibirás explicaciones. Haz lo que te digo.

George sintió pánico. ¿Le ocultaban algo? Sólo era apto para ser un peón titulado. Iban a preparado para eso, a adaptado.

Tuvo esa repentina certeza e hizo un gran esfuerzo para no gritar.

Regresó tambaleándose a su lugar de espera. Trevelyan no estaba allí, algo que hubiera agradecido si hubiera tenido la suficiente sangre fría como para ser consciente de su entorno. No quedaba casi nadie, y los pocos que quedaban quizá lo hubieran acribillado a preguntas si la larga espera no los hubiese disuadido de enfrentarse a su cara de pocos amigos.

¿Qué derecho tenían a ser técnicos cuando él sería un peón?

¡Un peón! ¡Estaba seguro!

Un guía uniformado de rojo lo condujo por los corredores flanqueados por habitaciones que contenían grupos específicos, aquí dos, allá cinco: los mecánicos de motores, los ingenieros de la construcción, los agrónomos... Había cientos de profesiones especializadas y la mayoría serían representadas en esa pequeña localidad por un par de personas.

Los odiaba a todos por ser estadísticos, contables, las estirpes menores y las más distinguidas. Los odiaba porque poseían sus malditos conocimientos, conocían su destino, mientras que él, aún desocupado, tenía que afrontar otro trámite burocrático.

Llegó a la 15-C, le hicieron entrar y se quedó en una habitación vacía. Por un instante se sintió reanimado. Sin duda, si esa habitación fuera la de clasificación de peones, habría presentes muchos jóvenes.

Una puerta se abrió hacia el interior de una mampara a media altura y apareció un hombre mayor y de cabello cano. Sonrió y mostró sus dientes bien alineados, obviamente postizos, aunque no parecía tener arrugas en su rostro rubicundo y poseía una voz enérgica.

—Buenas tardes, George —saludó—. Veo que nuestro sector hoy sólo te tiene a ti.

—¿Sólo me tiene a mí?—repitió George.

—Hay miles en la Tierra, desde luego. Miles. No estás solo.

George sintió exasperación.

—No entiendo. ¿Qué hay de mi clasificación? ¿Qué está pasando?

—Calma, hijo. Todo está bien. Podría ocurrirle a cualquiera. — Extendió la mano y George la estrechó maquinalmente. Era una mano cálida y firme—. Siéntate, hijo. Soy Sam Ellenford.

George movió la cabeza con impaciencia.

—Quiero saber qué ocurre, señor.

—Desde luego. Ante todo, no puedes ser programador, George. Supongo que ya lo has adivinado.

—Así es —reconoció George con amargura—. ¿Qué será entonces?

—Aquí viene la parte difícil, George. —El hombre hizo una pausa y agregó con cuidadosa precisión—: Nada.

—¿Qué?

—¡Nada!

—¿Pero qué significa eso? ¿Por qué no se me asigna una profesión?

—No depende de nosotros, George. La decisión depende de tu estructura mental.

La piel de George adquirió un color cetrino. Abrió los ojos de par en par.

—¿Pasa algo malo con mi mente?

—Le pasa algo, en efecto. En lo concerniente a tu clasificación profesional, supongo que se puede decir que es malo.

—¿Pero por qué?

Ellenford se encogió de hombros.

—Sin duda sabes cómo dirige la Tierra su programa educativo, George. Prácticamente cualquier ser humano puede absorber casi cualquier conjunto de conocimientos, pero cada patrón cerebral individual está más capacitado para recibir unos tipos de conocimiento en vez de otros. Tratamos de que la mente congenie con el conocimiento para que pueda estar dentro de los límites de los cupos requeridos en cada profesión.

George asintió con la cabeza.

—Sí, lo sé.

—De vez en cuando, George, nos topamos con un joven cuya mente no es apta para recibir conocimiento de ninguna clase.

—¿Quiere decir que no puedo ser educado?

—Exactamente.

—Pero es una locura. Soy inteligente. Puedo entender...

Miró desesperadamente en tomo, como tratando de hallar un modo de comprobar que su cerebro funcionaba.

—No me interpretes mal, por favor —dijo Ellenford gravemente—. Eres inteligente, de eso no hay duda. Incluso tienes una inteligencia superior al promedio. Lamentablemente, eso no significa que tu mente pueda aceptar conocimientos sobreimpuestos. De hecho, la mayoría de los que vienen aquí son inteligentes.

—¿Es decir que ni siquiera puedo ser peón titulado? —balbució George. De pronto, hasta eso era mejor que el vacío al que se enfrentaba—. ¿Qué se necesita saber para ser peón?

—No subestimes al peón, jovencito. Hay muchas subclasificaciones y cada variedad tiene su propio conjunto de conocimientos detallados. ¿Crees que no se requiere aptitud para saber cómo se levanta un peso? Además, el peón no sólo debe contar con cierta aptitud mental, sino con cierta aptitud corporal. Tú no durarías mucho como peón, George.

George sabía que tenía un físico esmirriado.

—Pero nunca he oído hablar de nadie que no tuviera profesión.

—No hay muchos —concedió Ellenford—. Y los protegemos.

—¿Protegerlos?

Se sintió presa de la confusión y del miedo.

—Quedarás al cuidado del planeta, George. Desde el instante en que traspusiste esa puerta, hemos estado a cargo de ti.

Ellenford sonrió. Era una sonrisa afectuosa. A George le pareció la sonrisa del propietario, la sonrisa de un hombre adulto ante un niño desamparado.

—¿Eso significa que iré a la cárcel?

—Claro que no. Simplemente estarás con otros de tu clase.

«Tu clase.» Esas palabras sonaron como un trueno en los oídos de George.

—Necesitas tratamiento especial. Cuidaremos de ti.

Para su propio horror, George rompió a llorar. Ellenford caminó hasta el otro extremo de la habitación y desvió los ojos, como si reflexionara. George luchó por reducir su llanto histérico a un sollozo y, luego, procuró ahogar los sollozos. Pensó en su padre y en su madre, en sus amigos, en Trevelyan, en su propia vergüenza.

—Aprendí a leer —exclamó con rebeldía.

—Cualquiera con una mente sana puede hacerlo. Nunca encontramos excepciones. Sólo descubrimos las excepciones en esta etapa. Y cuando aprendiste a leer, George, nos preocupó tu patrón mental. El doctor consignó en su informe ciertas peculiaridades.

—¿Por qué no pueden tratar de educarme? Ni siquiera lo han intentado. Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—La ley lo prohíbe, George. Pero no será tan malo. Le explicaremos el asunto a tu familia para que nadie se sienta herido. En el sitio al cual te llevarán, tendrás ciertos privilegios. Te daremos libros y podrás aprender lo que desees.

—Asimilar conocimientos a mano —recitó George con amargura—. Fragmento por fragmento. Y cuando muera sabré lo suficiente para ser un recadero titulado en la división de sujetapapeles.

—Tengo entendido que ya has estudiado libros.

George se quedó petrificado. De pronto lo comprendió.

—Ése...

—¿Ese qué?

—Ese sujeto, Antonelli. Ha querido perjudicarme.

—No, George. Te equivocas.

—No me diga eso. —George desbordaba de furia—. Ese cabrón me ha criticado porque le parecí demasiado listo. Yo leía libros y procuraba prepararme para ser programador. Bien, ¿qué quieren para enmendar las cosas? ¿Dinero? No lo tendrán. Saldré de aquí y cuando termine de transmitir este...

Estaba gritando.

Ellenford sacudió la cabeza y tocó un botón.

Dos hombres entraron con sigilo y aprehendieron a George. Le aplastaron los brazos contra los costados. Uno de ellos le aplicó una hipodérmica por aspersión en el brazo derecho y el agente hipnótico le penetró en la vena, surtiendo un efecto casi inmediato.

Dejó de gritar.

La cabeza le cayó hacia delante. Las rodillas se le aflojaron y los dos hombres lo mantuvieron en pie mientras se dormía.

Cuidaron de él tal como habían prometido; eran muy buenos y lo trataban con infalible amabilidad. Con la misma amabilidad, pensaba George, con que él hubiera tratado a un gatito enfermo del cual se hubiera apiadado.

Le dijeron que debía recobrar e interesarse en algo; le dijeron que la mayoría de las personas que iban allí adoptaban esa misma actitud desesperada al principio, que al fin la superarían.

Ni siquiera los oyó.

El doctor Ellenford lo visitó para decidir que sus padres estaban informados de que tenía una asignación especial.

—¿Saben...? —murmuró George.

—No dimos detalles —le aseguró Ellenford.

Al principio, George se negaba a comer. Lo alimentaban por vía intravenosa. Escondían los objetos puntiagudos y lo mantenían bajo vigilancia. Hali Omani llegó a ser su compañero de cuarto, y su estolidez tuvo un efecto sedante.

Un día, por tedio y desesperación, George pidió un libro. Omani, que leía libros constantemente, lo miró con una amplia sonrisa. George estuvo tentado de cancelar su petición para novedades ese gusto; luego, pensó que no le importaba.

No especificó el libro y Omani le llevó uno de química. Estaba impreso con letras grandes, palabras cortas y muchas ilustraciones. Era para adolescentes. Arrojó el libro contra la pared.

Eso sería siempre, un adolescente toda la vida, siempre un preeducando para quien había que escribir libros especiales. Se tumbó hecho una furia en la cama y se quedó mirando al techo. Al cabo de una hora, se levantó de mal humor, recogió el libro y se puso a leer.

Tardó una semana en terminarlo, y entonces pidió otro.

—¿Quieres que devuelva el primero? —le preguntó Omani.

George frunció el ceño. Había cosas que no comprendía en ese libro, pero le daba vergüenza decir que no.

Pero Omani se le adelantó:

—Pensándolo bien, será mejor que lo conserves. Los libros se deben leer y releer.

Ese mismo día, terminó por aceptar la invitación de Omani para recorrer el lugar. Siguió al nigeriano, examinándolo todo con miradas hostiles.

No era una prisión, por supuesto. No había muros ni puertas con cerrojo ni guardias. Pero era una prisión en el sentido de que, fuera de allí, los internos no tenían donde ir.

En cierto modo suponía un consuelo ver a muchos otros como él.

Resultaba fácil creer que era el único en el mundo que sufría esa... mutilación.

—¿Cuántas personas hay aquí? —murmuró.

—Doscientas cinco, George, y no es el único lugar en el mundo. Hay miles.

Los hombres alzaban la vista cuando pasaba, dondequiera que fuese; en el gimnasio, a lo largo de las canchas de tenis, en la biblioteca (nunca hubiese imaginado que pudieran existir tantos libros; estaban literalmente apilados en

los estantes). Lo miraban con curiosidad y él respondía con miradas fulminantes.

Al menos, ellos no eran mejores que él, no tenían por qué mirarlo como si fuera una rareza. La mayoría tenía menos de treinta años.

—¿Qué pasa con los mayores? —preguntó George.

—Este lugar se especializa en jóvenes —respondió Omani.

Luego, como si de pronto reconociera una segunda intención en la pregunta de George, sacudió la cabeza gravemente—. No se deshacen de ellos, si a eso te refieres. Hay otras Casas para los mayores.

—¿A quién le importa? —masculló George, que no quería demostrar interés para no correr el riesgo de rendirse.

—A ti. Cuando crezcas, te hallarás en una Casa con personas de ambos sexos.

Eso sorprendió a George.

—¿También mujeres?

—Desde luego. ¿Crees que las mujeres son inmunes a esto?

George pensó en ello con mayor interés del que había sentido por nada desde ese día en que... Apartó ese pensamiento.

Omani se detuvo en la puerta de una sala que contenía un televisor de circuito cerrado y un ordenador de escritorio. Había cinco o seis hombres frente al televisor.

—Esto es un aula —le indicó Omani.

—¿Qué es eso? —gruñó George.

—Estos jóvenes reciben educación —explicó Omani, y se apresuró a añadir—: Aunque no de la manera habitual.

—Quieres decir que la asimilan poco a poco.

—En efecto. Así aprendían todos en la antigüedad.

Eso le decían desde que había llegado a la Casa, pero ¿qué más daba? Suponía que antaño la humanidad no conocía el horno diatérmico; ¿eso significaba que debía contentarse con comer carne cruda en un mundo donde los demás la comían cocida?

—¿Por qué soportan esa educación gradual?

—Para pasar el tiempo, George, y porque sienten curiosidad.

—¿De qué les sirve?

—Los hace más felices.

George se acostó pensando en eso.

Al día siguiente le dijo de mal modo a Omani:

—¿Puedes llevarme a un aula donde pueda averiguar algo sobre programación?

—Claro —respondió Omani con entusiasmo.

El método era lento y eso lo fastidiaba. ¿Por qué era preciso explicar las cosas una y otra vez? ¿Por qué debía leer y releer un pasaje, y luego toparse con una relación matemática y no entenderla al primer vistazo? Con los demás no ocurría lo mismo.

Una y otra vez, abandonaba. En cierta ocasión se negó a asistir a clase durante una semana entera.

Pero siempre regresaba. El funcionario encargado, que asignaba lecturas, dirigía las explicaciones televisivas y aclaraba pasajes y conceptos dificultosos, jamás hacía comentarios sobre el asunto.

Al fin, George recibió una tarea regular en el jardín y ocupó un turno en los diversos quehaceres de la cocina y la limpieza. Le dijeron que era un avance, pero no se dejó engañar. El lugar podría haber estado mucho más mecanizado de lo que estaba, pero creaban tareas a propósito para que los jóvenes se hicieran la ilusión de que tenían una ocupación digna, de utilidad. George no se dejaba embaucar.

Incluso les pagaban pequeñas sumas de dinero, con el cual podían comprar ciertos lujos específicos o ahorrar para la vejez. George metía el dinero en un frasco abierto y lo dejaba en un estante del armario. No sabía cuánto había acumulado. Ni le importaba.

No entabló amistades, aunque llegó a una etapa en que se comportaba con más cortesía. Hasta dejó de refunfuñar (o casi) sobre la injusticia que lo había llevado allí. Pasaba semanas sin soñar con Antonelli, con su nariz protuberante y su cuello rugoso, con esa mirada socarrona con que empujaba a George a un pantano hirviente y lo retenía allí hasta que despertaba gritando bajo la mirada preocupada de Omani.

Un nevado día de febrero Omani dijo:

—Es asombroso cómo te has adaptado.

Era 13 de febrero, el día en que cumplía los diecinueve. Llegó marzo, luego abril y, al aproximarse mayo, comprendió que no se había adaptado en absoluto.

El anterior mes de mayo se le había pasado inadvertido, cuando se tiraba todo el día en la cama, sin ánimo ni ambiciones. Este mayo era diferente.

Sabía que en toda la Tierra se realizarían las Olimpiadas y los jóvenes competirían en la lucha para ocupar un sitio en un nuevo mundo. Habría una atmósfera de día festivo, excitación, informes con noticias, agentes de reclutamiento procedentes de mundos lejanos, la gloria del triunfo o los consuelos de la derrota.

Muchas novelas trataban esos temas; durante la infancia, George había seguido con entusiasmo las Olimpiadas año tras año, muchos de sus planes...

George Platen no podía disimular su excitación. Estaba totalmente fuera de sí.

—Mañana es primero de mayo —dijo—. ¡Las Olimpiadas!

Y eso condujo a su primera riña con Omani y entonces Omani pronunció de mal humor el nombre completo de la institución donde se encontraba George.

Omani lo miró fijamente y dijo con toda claridad:

—Una Casa para Débiles Mentales.

George Platen se sonrojó. ¡Débiles mentales!

Lo rechazó desesperado.

—Me marchó —dijo con voz monocorde.
Lo dijo impulsivamente. Su mente consciente conoció la decisión sólo cuando él la pronunció. Omani, que seguía leyendo, alzó los ojos.
—¿Qué?
Ahora George sabía lo que decía.
—Me marchó —repitió enfáticamente.
—Eso es ridículo. Siéntate, George. Cálmate.
—Oh, no. Estoy aquí porque me tendieron una trampa. El doctor Antonelli me tiene antipatía. Esos burócratas se sienten poderosos. Si los irritas te estropean la vida con una tachadura en una tarjeta.
—¿De nuevo empiezas con eso?
—Y seguiré con ello hasta que todo se aclare. Llegaré a Antonelli, lo obligaré a decir la verdad.
George jadeaba y se sentía con fiebre. Era el mes de las Olimpiadas y no podía dejado pasar. De lo contrario, sería la rendición total y estaría perdido para siempre.
Omani movió las piernas a un lado de la cama y se levantó.
Medía un metro ochenta y la expresión de su rostro le daba un aire de perro San Bernardo. Rodeó el hombro de George con el brazo.
—Si he herido tus sentimientos...
George se zafó de Omani.
—Sólo dijiste lo que considerabas la verdad, y pienso demostrar que no es cierto. ¿Por qué no? La puerta está abierta. No hay cerraduras. Nadie me ha dicho nunca que no pueda marcharme.
Simplemente me iré.
—De acuerdo. ¿Pero adónde?
—A la terminal aérea más próxima y luego al centro olímpico más próximo. Tengo dinero.
Tomó el frasco donde guardaba sus ahorros. Algunas monedas cayeron tintineando al piso.
—Eso te durará una semana. ¿Y luego qué?
—Para entonces habré arreglado la situación.
—Para entonces regresarás aquí a rastras, y tendrás que empezar de nuevo. Estás loco, George.
—Débil mental es lo que soy, según dijiste antes.
—Bien, lamento haberlo dicho. Quédate, por favor.
—¿Intentarás detenerme?
Omani apretó sus labios carnosos.
—No, supongo que no. Es asunto tuyo. Si el único modo en que puedes aprender es embistiendo contra el mundo para regresar después con el rostro ensangrentado, adelante... Lárgate.
George estaba en la puerta, mirando por encima del hombro.
—Me marchó. —Volvió y recogió sus artículos de tocador—. Espero que no te moleste que me lleve algunas pertenencias.

Omani se encogió de hombros. De nuevo estaba acostado, leyendo.
George se demoró de nuevo en la puerta, pero su compañero no lo miró. Apretó los dientes, dio media vuelta, atravesó deprisa el corredor desierto y salió a la oscuridad de la noche.
Supuso que lo detendrían antes de que se alejara de allí, pero nadie lo intentó. Entró en un restaurante nocturno para preguntar dónde quedaba la terminal aérea y pensó que el propietario llamaría a la policía. No ocurrió así. Llamó un deslizador para que lo llevase al aeropuerto y el chófer no hizo preguntas.
Pero eso no lo reanimó. Llegó abatido al aeropuerto. No había comprendido cómo sería el mundo exterior. Estaba rodeado por profesionales. El propietario del restaurante tenía tallado su nombre en la cubierta de plástico de la caja registradora: fulano de tal, cocinero titulado. El conductor del deslizador exhibía su licencia: chofer titulado. Al pensar en la soledad de su nombre, George se sintió desnudo; peor aún, como sin piel. Pero nadie lo molestó. Nadie lo miró con recelo ni le pidió pruebas de su calificación profesional.
Y pensó amargamente: ¿Quién imaginaría a un ser humano sin profesión?
Compró un billete a San Francisco para el avión de las tres. Ningún otro vuelo salía con rumbo a un centro olímpico importante antes de la mañana y no quería esperar mucho. Se quedó acurrucado en la sala de espera, temiendo que llegara la policía. Pero no llegó.
Llegó a San Francisco antes del mediodía y el bullicio de la ciudad fue como un puñetazo. Era la ciudad más grande que había visto nunca, aparte de que llevaba un año y medio acostumbrado al silencio.
Para colmo, era mes de Olimpiadas. Casi olvidó su situación al comprender que parte del bullicio, la excitación y la confusión se debían a esa circunstancia.
En el aeropuerto había letreros destinados a los viajeros recién llegados y una muchedumbre se apiñaba ante ellos. Cada profesión contaba con su propio letrero, el cual presentaba una lista con instrucciones para llegar al Salón Olímpico donde ese día se realizaría la competición correspondiente, los participantes, su ciudad natal y el Mundo Exterior que patrocinaba el acto.
Era un acontecimiento totalmente estilizado. George había leído descripciones en los noticiarios y en los filmes, había visto partidos por televisión y hasta presenció una pequeña Olimpiada para carniceros titulados en la sede del condado. Incluso ese pequeño suceso sin connotaciones galácticas (pues no asistía ningún representante de los Mundos Exteriores) creaba gran alboroto.
Parte del alboroto obedecía en parte al hecho de la competición, en parte al orgullo local (cuando había un chico del pueblo al que ovacionar, aunque fuera un extraño) y en parte a las apuestas. No había manera de impedidas.
Le costó acercarse al letrero. Se sorprendió mirando de otro modo a esos ávidos y huidizos testigos.

En alguna ocasión ellos mismos se habrían presentado a las Olimpiadas. ¿Qué habrían conseguido? ¡Nada!

De haber triunfado, estarían en un lejano rincón de la galaxia, no estancados en la Tierra. Estaban condenados a la Tierra a causa de su profesión o de su ineficiencia profesional.

Esos fracasados eran los que estaban especulando sobre las probabilidades de los jóvenes. ¡Buitres!

Cómo lamentaba que no pudiera especular sobre él.

Avanzó, aturdido, por delante de los letreros, permaneciendo en la linde de la muchedumbre. Había desayunado en el estratojet y no sentía hambre. Pero tenía miedo. Se hallaba en una gran ciudad durante la confusión del comienzo de la competición olímpica. Se encontraba protegido, desde luego; la ciudad estaba llena de forasteros y nadie cuestionaría a George, a nadie le importaría George.

A nadie le importaría. Ni siquiera a la Casa, pensó con amargura. Lo cuidaban como a un gatito enfermo, pero si un gatito enfermo se marchaba, ¿qué iban a hacerle?

Y ya que estaba en San Francisco, ¿qué haría? Sus pensamientos chocaban contra una pared. ¿Ver a alguien? ¿Cómo? ¿Dónde se alojaría? No le quedaba mucho dinero.

Por primera vez pensó en regresar. Acudiría a la policía...

Sacudió la cabeza con tanta violencia como si discutiera con un adversario. Una palabra le llamó la atención en uno de los letreros:

«Metalúrgico», decía con letras relucientes. En letras más pequeñas: «No ferrosos». Al pie de una larga lista de nombres, en letra fluida: «Patrocinado por Novia».

Le evocó recuerdos dolorosos: sus discusiones con Trevelyan, cuando tenía la certeza de que sería programador, la certeza de que un programador era superior a un metalúrgico, la certeza de que seguía el rumbo atinado, la certeza de que era inteligente...

Tan inteligente que tuvo que alardear ante ese mezquino y vengativo Antonelli. Estaba tan convencido en el momento en que lo llamaron y se despidió del nervioso Trevelyan tan seguro de sí...

George soltó un grito incoherente y agudo. Alguien se volvió para mirarlo y siguió de largo. La gente se abría paso con impaciencia. Se quedó mirando el letrero, boquiabierto.

Era como si el letrero hubiera respondido a su pensamiento. Pensaba en Trevelyan con tanta intensidad que parecía lógico que el letrero le respondiera «Trevelyan».

Pero eso decía allí: Armand Trevelyan (el nombre de pila tan odiado por Rollizo, resplandeciendo a la vista de todos) y su ciudad natal. Más aún, Trevelyan quería ir a Novia, siempre hablaba de Novia; y Novia patrocinaba esa competición.

Tenía que ser Trev, el bueno de Trev. Casi sin pensado, memorizó las instrucciones para llegar al ámbito de la competición y se puso en la cola para coger un deslizador.

Luego, pensó sombríamente: ¡Trev lo consiguió! ¡Quería ser metalúrgico y lo consiguió!

Sintió más frío y soledad que nunca.

Una fila aguardaba para entrar en la sala. Aparentemente, la Olimpiada de los metalúrgicos sería interesante y muy reñida. Al menos, eso decía el letrero iluminado que brillaba sobre

el edificio y así parecía pensado la apiñada multitud.

Habría sido un día de lluvia, pensó George, a juzgar por el color del cielo, pero San Francisco había puesto el escudo que iba desde la bahía hasta el mar. Era un gran gasto, pero nadie reparaba en gastos cuando se trataba del confort de los visitantes de los Mundos Exteriores. Visitaban la ciudad para ver la Olimpiada y derrochaban dinero a raudales. Y, por cada recluta que tomaran, el planeta que patrocinaba la Olimpiada pagaría un honorario a la Tierra y al Gobierno local. Resultaba fructífero convencer a los visitantes de que esa ciudad era un sitio agradable para pasar las Olimpiadas. San Francisco sabía lo que hacía.

George, sumido en sus pensamientos, notó que alguien le apoyaba la mano en la espalda y le decía:

—¿Estás en la cola, jovencito?

La fila había avanzado sin que George reparase en el espacio vacío. Se dio la vuelta y murmuró una disculpa.

Sintió el contacto de dos dedos en el codo de la chaqueta y miró en torno furtivamente.

El hombre que tenía detrás asintió con la cabeza jovialmente.

Tenía cabello cano y bajo la americana usaba un suéter anticuado que se abotonaba al frente.

—No he querido ser sarcástico—dijo.

—No hay problema.

—De acuerdo. —Parecía dispuesto a charlar—. Pensé que tal vez te habías mezclado con la fila por accidente. Pensé que serías un...

—¿Un qué? —vociferó George.

—Vaya, un competidor, por supuesto. Pareces joven.

George se alejó. No tenía ganas de charlar y menos con entrometidos.

Un pensamiento lo atemorizó. ¿Habrían dado la alarma sobre su fuga? ¿Se conocía su descripción o su retrato? ¿Ese hombre trataba de verle bien la cara?

No había visto ningún informe de noticias. Irguió la cabeza para ver la franja movidiza de titulares que desfilaban en un rincón del escudo de la ciudad, un poco opaco contra las grises nubes de ese día encapotado. Era inútil. Desistió. Los titulares no se ocuparían de él. Era el momento de las Olimpiadas y las únicas noticias que figuraban en los titulares eran las puntuaciones

comparadas de los ganadores y los trofeos obtenidos por continentes, países y ciudades.

Así sería durante semanas, con las puntuaciones calculadas por cabeza y cada ciudad tratando de ocupar un sitio honorable en los cálculos. Su propia ciudad figuró una vez tercera en una Olimpiada de técnicos de cables, tercera en todo el Estado. Había una placa conmemorativa en el Ayuntamiento.

George hundió la cabeza entre los hombros y las manos en los bolsillos y comprendió que así llamaba más la atención. Se relajó y procuró aparentar despreocupación, pero no se sintió más seguro. Se encontraba en el vestíbulo y ninguna mano autoritaria le había agarrado del hombro. Se metió por el pasillo y caminó deprisa.

Con desagradable alarma notó que el hombre de cabello cano estaba al lado.

Apartó la mirada y trató de razonar consigo mismo. A fin de cuentas, ese hombre estaba detrás de él en la fila.

El hombre canoso, salvo por una fugaz sonrisa, no le prestó atención, y la Olimpiada estaba a punto de comenzar. George se levantó en el asiento para ver si podía distinguir la posición asignada a Trevelyan; y, de momento, ésa fue su única preocupación.

La sala tenía tamaño mediano y la clásica forma de un óvalo alargado, con los espectadores en las dos galerías que rodeaban el borde y los competidores en la franja del centro. Las máquinas estaban instaladas y los carteles de cada banco a oscuras, excepto por el nombre y el número de cada competidor. Estos se encontraban en escena, leyendo, charlando y uno se examinaba detenidamente las uñas. (Era de mala educación que un competidor prestara atención al problema que se le planteaba antes de la señal de iniciación.)

George estudió la hoja del programa que halló en la ranura del brazo de la butaca y encontró el nombre de Trevelyan. Era el número doce y, para desconsuelo de George, estaba en el otro extremo de la sala. Divisó la figura del competidor número doce con las manos en los bolsillos, de espaldas a la máquina y mirando al público como si contara la cantidad de espectadores. No le distinguió la cara.

Pero era Trev.

George se hundió en el asiento. Se preguntó si Trev triunfaría. Por una parte esperaba que sí, aunque también se rebelaba ante esa posibilidad. George, sin profesión, iba a ver competir a Trevelyan, metalúrgico titulado, no ferroso.

Se preguntó también si Trevelyan habría competido en su primer año. Algunos lo hacían si se sentían confiados o si tenían prisa. Implicaba ciertos riesgos. Por eficiente que fuese el proceso educativo, un año preliminar en la Tierra («lubricando los conocimientos rígidos», como decía el giro habitual) garantizaba una puntuación más alta.

Si Trevelyan estaba repitiendo, tal vez no le iba tan bien. George se avergonzó de que esa idea le agradara.

Miró en tomo. Las butacas estaban llenas. Era una Olimpiada con mucha concurrencia, lo cual significaba mayor tensión para los competidores o quizá mayor estímulo, según el individuo.

¿Por qué Olimpiada?, pensó de pronto. Nunca lo había sabido.

¿Por qué el pan se llamaba pan?

Una vez se lo preguntó a su padre:

—¿Por qué lo llaman Olimpiada, papá?

—Olimpiada significa competición.

—¿Cuando Rollizo y yo nos peleamos es una Olimpiada, papá?

—No —respondió Platen padre—. La Olimpiada es una competición especial. Y no hagas preguntas tontas. Sabrás todo lo que necesitas saber cuando recibas tu educación.

George suspiró y se hundió en el asiento.

«¡Todo lo que necesitas saber!»

Era extraño que ese recuerdo fuera tan nítido. «Cuando recibas tu educación.» Nadie decía «si recibes tu educación».

Tenía la impresión de que siempre había hecho preguntas tontas. Era como si su mente captara por instinto su ineptitud para la educación y hubiera hecho preguntas para aprender ciertos detalles como mejor podía. Y en la Casa lo alentaban a hacerlo porque habían confirmado lo que decía ese instinto. Era el único modo.

Se irguió de repente. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Tragándose esa patraña? ¿Se rendía porque Trev, un educando, competía en la Olimpiada?

¡El no era débil mental! ¡No!

Y el grito de negación de su mente tuvo un eco en el súbito clamor del público, que se puso en pie.

Un palco del óvalo se estaba llenando con un séquito que lucía los colores de Novia, y la palabra «Novia» se encendió en el cartel principal.

Novia era un mundo de Grado A con una numerosa población y una civilización muy desarrollada, quizá la mejor de la galaxia. Era la clase de mundo donde todo terrícola ansiaba vivir o, llegado el caso, que sus hijos vivieran. (George recordó que Trevelyan insistía en su afán de ir a Novia; y allí estaba, compitiendo para lograrlo.)

Las luces se apagaron en ese sector del techo, así como las luces de la pared. La franja central donde aguardaban los competidores se iluminó.

De nuevo, George trató de distinguir a Trevelyan. Demasiado lejos.

Se oyó la voz clara y meliflua del presentador:

—Distinguidos patrocinadores novianos. Damas. Caballeros. La competición olímpica para metalúrgicos especialistas, en la categoría de no ferrosos, está a punto de comenzar. Los competidores son...

Leyó cuidadosamente la lista. Nombres. Ciudades. Años educativos. Cada nombre era saludado con aclamaciones y los nativos de San Francisco recibían las ovaciones más fuertes.

Cuando mencionaron a Trevelyan, George se sorprendió gritando y agitando los brazos con fervor. El hombre canoso que tenía al lado gritó con similar entusiasmo.

George no pudo evitar mirado con asombro y el hombre se inclinó para decir (hablando a voz en grito, pues el estruendo era ensordecedor):

—No hay nadie de mi ciudad natal. Gritaré por la tuya. ¿Tienes algún conocido?

George se intimidó.

—No.

—Noté que mirabas hacia allá. ¿Quieres mis prismáticos?

—No, gracias.

¿Por qué ese viejo tonto no se ocupaba de sus propios asuntos?

El presentador continuó con otros detalles formales concernientes al número de serie de la competición, el método para contar el tiempo y la puntuación y demás. Llegó al fin al meollo del asunto y el público guardó silencio y escuchó.

—Cada competidor recibirá una barra de aleación no ferrosa y de composición no especificada. Deberá analizar la barra y dar resultados correctos hasta cuatro decimales en porcentaje.

Para ello, todos utilizarán un microespectrógrafo Beeman modelo FX-2, ninguno de los cuales funciona en este momento.

El público lanzó un grito de entusiasmo.

—Cada competidor habrá de analizar el defecto de su máquina y corregido. Se suministran herramientas y repuestos. Quizá falte el repuesto necesario, en cuyo caso deberá solicitarse, y el tiempo de entrega será deducido del tiempo total. ¿Todos los competidores están preparados?

El letrero del competidor número cinco emitió una frenética señal roja. El competidor se marchó y regresó un instante después. El público rió jovialmente.

—¿Todos los competidores preparados?

Los letreros no emitieron ninguna señal.

—¿Alguna pregunta?

Ninguna señal.

—Pueden comenzar.

Ninguna persona del público podía saber cómo andaba cada competidor, excepto por las indicaciones que aparecían en el letrero. Pero eso no tenía importancia. Excepto los metalúrgicos profesionales que hubiera entre el público, nadie entendería los aspectos profesionales de la competición. Lo importante era quién ganaba, quién quedaba segundo, quién se clasificaba el tercero. Para aquellos que habían hecho apuestas (ilegales, pero inevitables) eso era lo que importaba. Lo demás podía irse al cuerno. George, tan ansioso como cualquier otro, miraba de un competidor a otro, observando cómo uno se valía diestramente de un pequeño instrumento para abrir la tapa del microespectrógrafo, cómo otro lo examinaba, cómo un tercero acomodaba la

barra de aleación en la bandeja, cómo un cuarto ajustaba un vernier con movimientos tan sutiles que parecía momentáneamente petrificado.

Trevelyan estaba tan absorto como los demás. George no tenía modo de saber cómo le iba.

El letrero del competidor diecisiete relampagueó: placa de foco desajustada.

El público le ovacionó.

El competidor diecisiete podía estar en lo cierto o no. En el segundo caso, tendría que corregir su diagnóstico y perdería tiempo. O tal vez no la corrigiera y no pudiera terminar su análisis o, peor aún, tal vez realizara un análisis totalmente erróneo.

No importaba. Por el momento, el público lo festejaba.

Se encendieron otros letreros. George buscó el del número doce. A fin se encendió: «Bandeja para muestras descentrada. Se necesita nueva grapa depresora».

Un asistente corrió hacia él con el repuesto. Si Trevelyan se equivocaba, sufriría una demora. Y no se deduciría el tiempo de espera. George contuvo el aliento.

Los resultados comenzaban a aparecer en el letrero diecisiete, en letras brillantes: aluminio, 41,2649; magnesio, 22,1914; cobre, 10,1001.

Aquí y allá, otros letreros exhibían cifras.

El público estaba fuera de sí.

George se preguntó cómo los competidores podían trabajar con semejante alboroto, pero pensó que quizá no estuviera tan mal. Un técnico de primera siempre debía trabajar bajo tensión.

El diecisiete se levantó mientras su letrero se bordeaba de rojo para anunciar que había terminado. El cuatro tardó sólo dos segundos más. Otro, y luego otro.

Trevelyan seguía trabajando, y aún no había indicado los componentes de su barra de aleación. Cuando casi todos los competidores habían terminado, Trevelyan también se levantó. Luego, se levantó el cinco y recibió una ovación irónica.

No era el final. Los anuncios oficiales se retrasarían un poco. El tiempo transcurrido tenía su importancia, pero también la precisión. Y no todas las diagnósticos suponían la misma dificultad, había que sopesar gran cantidad de factores.

Por último, el presentador habló:

—El ganador, en el tiempo de cuatro minutos y doce segundos, con diagnóstico correcta, análisis correcto, dentro de un promedio de cero coma siete partes por cien mil, es el competidor número... diecisiete, Henry Anton Schmidt, de...

Los gritos ahogaron todo lo que siguió. El número ocho fue el segundo y, luego, el cuatro, cuyo buen tiempo se vio frustrado por un error de cinco partes en diez mil en la cifra del niobio. El doce no fue mencionado. Era sólo un perdedor más.

George se abrió paso hacia la Puerta de Competidores y se encontró con una numerosa muchedumbre. Había parientes que lloraban (de alegría o de pena) para saludados, reporteros que entrevistarían a los ganadores o gente de la ciudad natal, cazadores de autógrafos, buscadores de publicidad y meros curiosos. Tal vez las chicas también desearan llamar la atención de un ganador, que casi seguramente iría a Novia (o tal vez la de un perdedor que necesitara consuelo y tuviera dinero para pagarlo).

George se quedó atrás. No vio a ningún conocido. San Francisco estaba lejos de casa y era casi seguro que no habría parientes para consolar a Trev.

Salieron los competidores, sonriendo débilmente, saludando con la cabeza a los gritos de aprobación. Los policías mantuvieron alejada a la multitud para dejarles pasar. Cada ganador se llevó consigo una parte de la muchedumbre, como un imán que pasara por un montículo de limaduras de hierro.

Cuando salió Trevelyan, no quedaba casi nadie. (George sospechaba que Trev había demorado su salida con el propósito de no enfrentarse a la gente.) Tenía un cigarrillo en la boca y echó a andar cabizbajo.

Era la primera señal de casa que George recibía en casi un año y medio y parecía una década y media. Casi se asombró de que Trevelyan no hubiera envejecido, que fuera el mismo

Trev que vio la última vez.

George echó a correr.

—¡Trev!

Trevelyan dio media vuelta, sorprendido. Miró a George de hito en hito y, finalmente, extendió la mano.

—George Platen, ¿qué demonios...?

Y la expresión de placer que le cruzó la cara se esfumó de golpe. Bajó la mano antes de que George tuviera la oportunidad de estrecharla.

—¿Estuviste aquí?

Indicó con la cabeza hacia la sala.

—Sí.

—¿Para verme?

—Sí.

—No me fue tan bien, ¿eh?

Soltó el cigarrillo, lo aplastó con el pie y se dirigió hacia la calle, donde la muchedumbre se desperdigaba buscando deslizadores, mientras nuevas filas aguardaban a la siguiente Olimpiada.

—¿Y qué? —rezongó Trevelyan—. Es sólo la segunda vez que fracaso. Novia se puede ir al cuerno después de lo que me hicieron hoy. Hay planetas que me contratarían sin pensarlo dos veces... Pero, escucha, no te veo desde el Día de la Educación. ¿Adónde fuiste? Tus padres me dijeron que tenías una asignación especial, pero no me dieron detalles y tú no me escribiste.

Podías haber escrito.

—Debí haberlo hecho —admitió George con embarazo—. De todos modos, he venido a decirte que lamento lo que acaba de ocurrir.

—No lo lamente. Ya te he dicho que Novia se puede ir al cuerno. Tenía que haberlo sabido. Hace semanas que dicen que usarían máquinas Beeman. Todos apostaban por las máquinas Beeman. Las malditas cintas de educación eran para máquinas Hensler, ¿y quién usa un Hensler? Los mundos del Cúmulo de Goman, si quieres llamarlos mundos. ¿Qué te parece?

—¿No puedes quejarte ante...?

—No seas tonto. Me dirán que mi cerebro está construido para las Hensler. No puedes discutir. Todo salió mal. Fui el único que tuvo que mandar a buscar un repuesto. ¿Lo notaste?

—Pero dedujeron ese tiempo.

—Claro, pero perdí más tiempo preguntándome si mi diagnosis era correcta cuando noté que no había ninguna grapa depresora en las piezas proporcionadas. Esa tardanza no se deduce. Si hubiera sido una Pensar, habría sabido que estaba en lo cierto. ¿Cómo podía recobrar ese tiempo? El ganador era de San Francisco, al igual que tres de los cuatro competidores siguientes. Y el quinto era de Los Ángeles. Tienen cintas educativas de gran ciudad. Las mejores. Espectrógrafos Beeman y demás. ¿Cómo compites con ellos?

Vine hasta aquí para tratar de contar con una Olimpiada patrocinada por Novia en mi clasificación, y da lo mismo que si me hubiera quedado en casa. Lo sabía, y me ha hartado. Novia no es el único trozo de roca que hay en el espacio. De todos los malditos...

No le hablaba a George. No le hablaba a nadie. Sólo estaba dando rienda suelta a su furia. George lo comprendió.

—Si sabías de antemano que usarían máquinas Beeman, ¿por qué no las estudiaste?

—No estaban en mis cintas.

—Podías haber leído... libros.

Pronunció la última palabra con timidez, ante la mirada furibunda de Trevelyan.

—¿Lo tomas a risa? —vociferó Trevelyan—. No le veo la gracia. ¿Esperas que lea un libro y memorice lo suficiente para competir con alguien que sabe?

—Pensé...

—Inténtalo. Inténtalo... Por cierto, ¿cuál es tu profesión?

—Bueno...

—Venga, dímelo. Ya que te haces el listo, veamos qué has hecho. Aún estás en la Tierra, por lo que veo, así que no eres programador y tu asignación especial no puede ser gran cosa.

—Escucha, Trev, llego tarde a una cita.

Retrocedió, tratando de sonreír.

—No, no te irás. —Trevelyan estiró el brazo y sujetó la americana de George—. Responde a mi pregunta. ¿Por qué temas decirlo? ¿Qué pasa contigo? No vengas aquí a refregarme nada por las narices, George, a menos que tú también sepas aguantarlo. ¿Me oyes?

Sacudió a George frenéticamente y ambos se enzarzaban en una ñña cuando la voz del destino —el grito de un policía— llegó a oídos de George:

—¡Basta, basta! ¡Separaos!

El corazón de George dio un vuelco. El policía les preguntaría sus nombres, querría ver las tarjetas de identificación y él I no tenía ninguna. Lo interrogarían y su falta de profesión sería evidente de inmediato y, para colmo, ante Trevelyan, quien estaba dolorido por la derrota y difundiría la noticia en el pueblo para aliviar su propia herida.

No podía soportado. Se apartó de Trevelyan y echó a correr, pero el policía le puso la manaza en el hombro.

—Quédate ahí. Veamos tu tarjeta de identidad.

Trevelyan buscaba la suya, gruñendo:

—Soy Armand Trevelyan, metalúrgico, no ferroso. Acabo de competir en la Olimpiada. Será mejor que investigue a este tipo, agente.

George los miró a los dos, con los labios secos y un nudo en la garganta.

Intervino otra voz, apacible y bien educada:

—Un momento, agente.

El policía retrocedió.

—¿Sí?

—Este joven es mi huésped. ¿Cuál es el problema?

George lo miró atónito. Era el hombre canoso que se había sentado junto a él. El hombre lo sacudió con un movimiento de cabeza.

¿Huésped? ¿Estaba loco?

—Estos dos estaban armando un revuelo, señor —explicó el policía.

—¿Se ha cometido algún delito? ¿Se causó algún daño?

—No, señor.

—Pues bien, yo me haré responsable.

Le mostró una tarjeta al policía y éste se apartó de inmediato. Trevelyan reaccionó con indignación.

—Un momento...

El policía se enfrentó con él.

—¿Qué pasa? ¿Tienes alguna acusación?

—Yo sólo...

—Sigue tu camino. Y vosotros..., moveos.

Se había reunido una numerosa multitud, que se desbandó a regañadientes.

George se dejó guiar hasta un deslizador y titubeó al entrar.

—Gracias —dijo—, pero no soy su huésped.

¿Sería un ridículo caso de confusión de identidades?

El hombre sonrió y dijo:

—No lo eras, pero lo serás. Déjame presentarme. Soy Ladislas Ingenescu, historiador titulado.

—Pero...

—Ven, te garantizo que no sufrirás ningún daño. A fin de cuentas, sólo pretendía ahorrarte problemas con un policía.

—¿Pero por qué?

—¿Quieres una razón? Bien, digamos que somos paisanos honorarios. Los dos hemos animado al mismo hombre, y la gente de la misma ciudad debe permanecer unida, aunque el lazo sólo sea honorario. ¿Eh?

Y George, tan inseguro de Ingenescu como de sí mismo, entró en el deslizador. Antes de que pudiera decidir si le convenía bajarse, habían despegado.

Este hombre tiene cierto prestigio, pensó confusamente. El policía lo había tratado con respeto.

Casi se olvidaba de que su verdadero propósito en San Francisco no era encontrar a Trevelyan, sino a una persona con suficiente influencia para imponer una reevaluación de su capacidad educativa.

Tal vez Ingenescu fuera el hombre indicado. Y le había caído del cielo.

Quizá todo saliera bien. «Bien.» Esa palabra sonaba hueca. Se sentía inquieto.

Durante el breve viaje en deslizador, Ingenescu fue charlando; le indicaba los lugares importantes de la ciudad y evocaba otras Olimpiadas que había presenciado. George, que apenas prestaba atención como para fardullar algún comentario, miraba ansiosamente la ruta del vuelo.

¿Se dirigían hacia una de las aperturas del escudo y abandonarían la ciudad?

El deslizador aterrizó en la azotea de un hotel.

—Espero que cenes conmigo en mi habitación —dijo Ingenescu.

George aceptó sonriendo sin afectaciones. Comenzaba a notar el vacío que le había dejado la falta de almuerzo.

Ingenescu le dejó comer en silencio. Anocheció y las paredes se iluminaron automáticamente. (George pensó: Hace casi veinticuatro horas que estoy solo.)

Y luego, mientras tomaban café, Ingenescu habló de nuevo:

—Actúas como si yo pensara hacerte daño.

George se ruborizó, dejó la taza e intentó negado, pero el hombre sonrió y sacudió la cabeza.

—No lo niegues. Te he observado atentamente desde que te ví, creo que hay un gran revuelo por tu causa.

George se levantó horrorizado.

—Siéntate. Sólo deseo ayudarte.

Se sentó, pero la cabeza le daba vueltas. Si ese viejo sabía quién era él, ¿por que no lo había dejado en manos del policía?

Por otra parte, ¿por qué se ofrecía a ayudado?

—¿Quieres saber por qué deseo ayudarte? Oh, no te alarmes. No soy telémeta. Mi formación me permite juzgar pequeñas reacciones que delatan los pensamientos, ¿entiendes?

George sacudió la cabeza:

—Recuerda el momento en que te vi —siguió Ingenescu—.

Aguardabas en la cola para ver una Olimpiada y tus microrreacciones no concordaban con lo que hacías. Había algo raro en tu expresión y en tus ademanes. Eso significaba que existía algo raro en tu situación, y lo interesante era que no se trataba de algo común, de algo obvio. Pensé que tal vez se tratara de algo de lo cual no eras consciente.

»No pude evitar seguirte y sentarme a tu lado. Te seguí de nuevo cuando te marchaste y escuché tu conversación con tu amigo. Después de eso, bien..., eras un objeto de estudio demasiado interesante, y lamento usar esta expresión tan fría, para que te dejara caer en manos de aquel policía. Cuéntame, ¿cuál es tu problema?

George estaba embargado por la duda. Si era una trampa, ¿por qué tantos rodeos? Y tenía que recurrir a alguien. Había ido a la ciudad para encontrar ayuda y se la estaban ofreciendo.

Tal vez le molestaba que se la ofrecieran. Resultaba demasiado fácil.

—Desde luego —agregó Ingenescu—, lo que le digas a un científico social es información confidencial. ¿Sabes qué significa eso?

—No, señor.

—Significa que sería deshonroso que yo repitiera tus palabras ante otros, fuera cual fuese el propósito. Más aún, nadie tiene el derecho legal de obligarme a repetirlos.

—Creí que usted era historiador —dijo George, con repentina suspicacia.

—Pues lo soy.

—Acaba de decir que es científico social.

Ingenescu se echó a reír y luego se disculpó.

—Lo lamento, joven, no debí reírme, pero en verdad no me reía de ti. Me reía de la Tierra y su énfasis en las ciencias físicas, y para colmo en los segmentos prácticos. Apuesto a que puedes enumerar cada subdivisión de la tecnología de la construcción o de la ingeniería mecánica y, sin embargo, no sabes nada de ciencias sociales.

—Bien, ¿qué son las ciencias sociales?

—Las ciencias sociales estudian grupos de seres humanos y poseen muchas ramas especializadas, tal como las posee la zoología, por nombrar un ejemplo. Hay culturistas, que estudian la mecánica de las culturas, su crecimiento, desarrollo y decadencia. Las culturas —añadió, anticipándose a una pregunta—, son todos los aspectos de un modo de vida. Por ejemplo, incluyen el modo en que nos ganamos la vida, las cosas de que disfrutamos y en las que creemos, lo que consideramos bueno o malo y demás. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Un economista (no un estadístico económico, sino un economista) se especializa en el modo en que una cultura satisface las necesidades materiales de sus miembros. Un psicólogo se especializa en el individuo y en el modo en que lo afecta la sociedad. Un futurista se especializa en planificar el rumbo futuro de una sociedad, y un historiador... Aquí entro yo.

—Sí, señor.

—Un historiador se especializa en el desarrollo pasado de nuestra sociedad y de las sociedades que poseen otras culturas.

George manifestó interés.

—¿Era diferente en el pasado?

—Claro que sí. Hasta hace mil años no había educación; por lo menos, no lo que ahora llamamos educación.

—Lo sé. La gente aprendía paulatinamente, con libros.

—Vaya. ¿Cómo lo sabes?

—Lo oí decir —respondió con cautela George—. ¿De qué sirve interesarse en lo que ocurrió hace mucho tiempo? Ya está muerto, ¿no es así?

—Nunca está muerto, muchacho. El pasado explica el presente. Por ejemplo, ¿por qué nuestro sistema educativo es como es?

George sintió aprensión. El hombre insistía en ese tema.

—Porque es mejor.

—Ah, pero ¿por qué es mejor? Escúchame un momento y te lo explicaré. Luego me dirás si la historia tiene alguna utilidad. Aun antes del desarrollo del viaje interestelar... —Se interrumpió, al reparar en el asombro de George—. Bien, ¿creías que había existido siempre?

—Nunca pensé en ello.

—Ya lo creo que no. Pero hubo una época, hace cuatro o cinco mil años, en que la humanidad estaba limitada a la superficie de la Tierra. Su cultura se había vuelto muy tecnológica y los habitantes se habían multiplicado tanto que cualquier fallo tecnológico habría significado hambre y enfermedades masivas. Para mantener el nivel tecnológico y mejorarlo ante la población creciente, era necesario formar cada vez más técnicos y científicos, pero, con el avance de las ciencias, educarlos llevaba cada vez más tiempo.

»Con el desarrollo del viaje interplanetario e interestelar, el problema se agudizó. La colonización de planetas de otros sistemas resultó imposible durante mil quinientos años por falta de hombres con formación apropiada.

»El momento crucial llegó cuando se elaboró la mecánica del almacenamiento de conocimientos en el cerebro. Ello permitió diseñar cintas educativas que modificaran la mecánica y permitieran instalar en la mente un conjunto de conocimiento prefabricados, por así decirlo. Pero eso ya lo sabes.

»Una vez que se consiguió, se podía entrenar hombres por millares y millones, y entonces iniciamos lo que alguien denominó la "invasión del universo". Ahora hay mil quinientos planetas habitados en la galaxia, y el fin no está a la vista.

»¿Entiendes de qué se trata? La Tierra exporta cintas educativas para profesiones poco especializadas y eso mantiene unificada la cultura galáctica. Las cintas de lectura, por ejemplo, garantizan un solo idioma para todos... No pongas esa cara de sorpresa. Son posibles otros idiomas, y se usaban en el pasado. Cientos de ellos.

»La Tierra exporta también profesionales altamente especializados y mantiene su propia población en un nivel tolerable. Como los envía en una proporción de sexos equilibrada, actúan al modo de unidades

autorreproductivas y contribuyen a aumentar la población en Mundos Exteriores en los que se requiere un incremento. Más aún, las cintas y los hombres se pagan con materiales que nosotros necesitamos y de los cuales depende nuestra economía. ¿Ahora entiendes por qué nuestra educación es mejor?

—Sí, señor.

—¿Te ayuda a entenderlo saber que sin ella la colonización interestelar resultó imposible durante mil quinientos años?

—Sí, señor.

—Entonces, ves la utilidad de la historia. —El historiador sonrió—Y ahora me pregunto si entiendes por qué estoy interesado en ti.

George regresó de pronto a la realidad inmediata. Al parecer, Ingenescu no hablaba porque sí. Toda esa perorata había sido un recurso para atacado desde otro ángulo.

—¿Por qué? —preguntó, de nuevo con cautela.

—Los científicos sociales trabajan con sociedades y las sociedades están constituidas por personas.

—De acuerdo.

—Pero las personas no son máquinas. Los profesionales de las ciencias físicas trabajan con máquinas. El conocimiento acerca de una máquina tiene sus límites y los profesionales saben todo sobre ellas. Más aún, todas las máquinas de determinada clase son similares, así que no hay razones para interesarse en una máquina individual. Pero las personas... Son tan complejas y distintas que un científico social nunca sabe todo lo que hay que saber, ni siquiera una buena parte de lo que hay que saber. Para comprender su especialidad, siempre debe estar dispuesto a estudiar a las personas, especialmente los especímenes insólitos.

—Como yo —gruñó George.

—No debería llamarte espécimen, supongo, pero sin duda eres insólito. Eres digno de estudio y, si me concedes ese privilegio, yo te ayudaré a solucionar tus problemas.

La mente de George era un puro remolino. Toda esa cháchara sobre personas y sobre la colonización posibilitada por la educación... Era como si un pensamiento endurecido en su interior se hubiera resquebrajado y estuviese desparramándose de forma cruel.

—Déjeme pensar —dijo, y se tapó las orejas con las manos.

Las retiró y le dijo al historiador—: ¿Puedo pedirle algo?

—Si puedo ayudarte... —contestó afablemente el historiador.

—Todo lo que yo diga en esta habitación es información confidencial.

Usted lo dijo.

—y lo dije en serio.

—Entonces, consígame una entrevista con un funcionario de un Mundo Exterior, con..., con un noviano.

Ingenescu se sorprendió.

—Pues...

—Puede conseguido. Usted es un funcionario importante. Vi la cara que puso el policía cuando le mostró esa tarjeta. Si se niega, yo... no le permitiré estudiarme.

George pensó que era una amenaza tonta y débil. Pero pareció surtir un fuerte efecto en Ingenescu.

—Es una condición imposible. Un noviano en el mes de las Olimpiadas...

—De acuerdo, comuníqueme por teléfono con un noviado y yo mismo concertaré la entrevista.

—¿Crees que podrás?

—Sé que podré. Espere y verá.

Ingenescu miró pensativamente a George y tomó el videófono.

George aguardó, embelesado con esa nueva perspectiva del problema y la sensación de poder que le daba. No podía fallar. Sería noviano. Se iría triunfalmente de la Tierra a pesar de Antonelli y de todos esos badulaques de la Casa para (casi se rió en voz alta) Débiles Mentales.

George miró ávidamente a la pantalla encendida. Abriría una ventana hacia una habitación de novianos, una ventana hacia un fragmento de Novia trasplantado a la Tierra. En veinticuatro horas había conseguido eso.

Se oyó una risotada cuando la pantalla se aclaró, pero por el momento no apareció ninguna cabeza, sólo sombras de hombres y mujeres. Se oyó una voz clara por encima de un trasfondo de murmullos.

—¿Ingenescu? ¿Él me busca?

Alguien miró por la pantalla. Un noviano. Un auténtico noviano. (George no tuvo la menor duda. Había algo extraño en él. Algo indefinible, un poco ambiguo.)

Tenía tez oscura y cabello ondulado y negro peinado rígidamente hacia atrás. Usaba un delgado bigote negro y barba puntiaguda e igualmente oscura, que apenas asomaba de la angosta barbilla; pero el resto del rostro era tan lampiño como si lo hubieran depilado.

Sonreía.

—Ladislav, vas demasiado lejos. Esperamos que nos espíen, dentro de lo razonable, durante nuestra estancia en la Tierra, pero la telepatía es un abuso.

—¿Telepatía, honorable?

—¡Confiesa! Sabías que iba a llamarte ahora. Sabías que sólo aguardaba a terminar este trago. —Acercó la mano a la pantalla y miró a través de una copa de licor violáceo—. Me temo que no puedo invitarte.

El noviano no veía a George, que estaba fuera del alcance del transmisor de Ingenescu. Eso lo aliviaba. Necesitaba tiempo para sosegarse y lo necesitaba de verdad. Era un manojo de nervios.

Pero tenía razón. No había calculado mal. Ingenescu era importante. El noviano lo tuteaba.

Bien. Las cosas salían bien. Gracias a Ingenescu, George compensaría de sobra lo que perdió por culpa de Antonelli. Y algún día, cuando al fin se hubiera afianzado y pudiera regresar a la Tierra como un poderoso noviano, podría

bromear con Ingenescu y ser llamado «honorable». Cuando regresara, ajustaría cuentas con Antonelli. Tenía que pagar por un año y medio de...

Estuvo a punto de perder el equilibrio al borde de esa ensoñación tentadora y se despidió al comprender que se estaba perdiendo la conversación.

—...no se sostiene —decía el noviano—. Novia tiene una civilización tan compleja y avanzada como la terrícola. No somos Zeston, después de todo. Es ridículo que tengamos que venir aquí en busca de técnicos.

—Sólo los modelos nuevos —apuntó Ingenescu con tono tranquilizador—. Nunca se sabe si se necesitarán modelos nuevos. Comprar las cintas educativas os costaría el mismo precio que mil técnicos y ¿cómo sabéis si necesitaréis tantos?

El noviano empujó el resto de la bebida y se rió. (A George le desagradó que fuera tan frívolo. Se preguntó si el noviado no debía haber pasado por alto ese trago y los dos precedentes.)

—Una típica mentira piadosa, Ladislas. Sabes que podemos usar todos los último modelo que consigamos. Esta tarde me hice con cinco metalúrgicos...

—Lo sé —interrumpió Ingenescu—. Estuve allí.

—¡Observándome! ¡Espiondo!—exclamó el noviano—. Pues te diré de qué se trata. Los metalúrgicos último modelo que conseguí sólo se diferencian de los anteriores en que saben usar espectrógrafos Beeman. Las cintas no han sufrido ni esta modificación —dijo, uniendo dos dedos respecto del modelo del año pasado. Vosotros introducís los nuevos modelos sólo para obligarnos a comprar y gastar y venir aquí con todo nuestro dinero.

—No os obligamos a comprar.

—No, pero vendéis técnicos último modelo a Landonum y tenemos que mantenemos al corriente. Nos tenéis girando en un tiovivo, terrícolas; pero cuidado, pues puede haber una salida.

Se rió mordazmente, pero pronto recobró la seriedad.

—Con franqueza —habló Ingenescu—, espero que la haya. Entre tanto, en cuanto al propósito de mi llamada...

—Es cierto, llamaste tú. Bien, ya he dicho lo que quería y supongo que el año próximo habrá un nuevo modelo de metalúrgico para que nosotros gastemos en él nuestros bienes, con un nuevo dispositivo para evaluación de niobio y nada más..., y al año siguiente... Pero continúa. ¿Qué deseas?

—Aquí tengo a un joven con el que deseo que hables.

—¿Acerca de qué? —El noviano no parecía muy complacido.

—No lo sé. No me lo ha dicho. Ni siquiera me ha dicho su nombre ni su profesión.

El noviano frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué ocupas mi tiempo?

—Parece creer que te interesará lo que tiene que decirte.

—Sin duda.

—Además, me harás un favor.

El noviano se encogió de hombros.

—Que se ponga, y dile que sea breve.

Ingenescu se corrió a un lado y le susurró a George:

—Trátalo de «honorable».

George tragó saliva. Era su oportunidad.

Estaba húmedo de transpiración. La idea se le había ocurrido recientemente, pero ya era una certeza. Se le había ocurrido mientras hablaba con Trevelyan, luego fermentó y cobró forma mientras Ingenescu peroraba; y los comentarios del noviado parecían confirmarlo todo.

—Honorable —empezó—, he venido a mostrarle cómo salir del tiovivo.

Adoptó deliberadamente la metáfora del noviano. Éste lo miró muy serio.

—¿Qué tiovivo?

—El que usted acaba de mencionar, honorable. El tiovivo donde gira Novia cuando viene a la Tierra a..., a buscar técnicos.

Los dientes le castañeteaban de excitación, no de miedo.

—¿Estás diciendo que sabes cómo podemos evitar el supermercado mental de la Tierra? ¿Eso dices?

—Sí, señor. Novia puede controlar su propio sistema educativo.

—Mmmm. ¿Sin cintas?

—S-sí, honorable.

El noviano, sin apartar los ojos de George, exclamó:

—Ingenescu, ponte a la vista.

El historiador se aproximó.

—¿Qué es esto? —inquirió el noviano—. No lo entiendo.

—Te aseguro solemnemente —dijo Ingenescu— que el joven actúa por iniciativa propia, honorable. Yo no lo impulsé.

No tengo nada que ver con ello.

—Bien, ¿qué es para ti ese joven? ¿Por qué me llamas en su nombre?

—Es un objeto de estudio, honorable. Para mí tiene valor y decidí complacerlo.

—¿Qué clase de valor?

—Es difícil de explicar. Una cuestión profesional.

El noviano se rió secamente.

—Bien, cada cual con su profesión. —Le hizo un movimiento con la cabeza a una persona que estaba fuera del alcance de la pantalla—. Aquí hay un joven, un protegido de Ingenescu o algo parecido, que nos explicará cómo educar sin cintas. —Chasqueó los dedos y otra copa de licor claro apareció en su mano—. Te escucho, joven.

Ahora había varios rostros en la pantalla. Hombres y mujeres se apiñaban para ver a George, con diversas expresiones de diversión y curiosidad.

George trató de parecer desdeñoso. Cada cual a su modo, tanto los novianos como el terrícola, lo «estudiaban» como si fuera un insecto clavado con un alfiler. Ingenescu estaba sentado en un rincón, observando con los ojos entrecerrados.

Tontos, pensó George. Pero tendrían que entender, él les haría entender.

—Esta tarde estuve en la Olimpiada de metalúrgicos —dijo.

—¿Tú también? —exclamó el noviano—. Parece que toda la Tierra estuvo allí.

—No, honorable, pero yo sí. Un amigo mío competía y obtuvo malos resultados por culpa de las máquinas Beeman. Su educación sólo incluía las Hensler, aparentemente un modelo más viejo. Usted dijo que la modificación era mínima. —George unió dos dedos, imitando el gesto anterior del otro—. Y mi amigo sabía de antemano que se usarían máquinas Beeman.

—¿Yeso qué significa?

—Mi amigo ambicionó durante toda su vida ir a Novia. Ya conocía las Hensler. Tenía que conocer las Beeman para poder aprobar y lo sabía. Aprender acerca de las Beeman habría requerido sólo unos datos más, y quizá cierta práctica. Impulsado por su gran ambición, pudo haberlo conseguido...

—¿Y dónde habría obtenido una cinta con los datos adicionales? ¿O es que la educación terrícola se ha transformado en una actividad privada y hogareña?

Sus acólitos se rieron servilmente.

—Por eso no aprendió, honorable. Pensó que necesitaba una cinta. Ni siquiera lo intentó sin cinta, a pesar de lo que estaba en juego. Rehusó intentarlo sin una cinta.

—¿Conque rehusó? Tal vez sea la clase de sujeto que se negaría a volar sin deslizador. —Más risas. El noviano sonrió y dijo—: Este tío es divertido. Continúa. Te daré más tiempo.

—No crea que esto es broma —declaró George—. Las cintas son malas. Enseñan demasiado, son indoloras. Un hombre que aprende así no sabe aprender de otro modo. Está paralizado en la posición en que lo fijaron las cintas. Si una persona no recibiera cintas y tuviera que aprender a mano, como quien dice, desde el comienzo, se habituara a aprender y continuaría aprendiendo. ¿No le parece razonable? Una vez que ha desarrollado el hábito, puede recibir una pequeña cantidad de conocimientos grabados, para llenar lagunas o precisar detalles.

Luego, puede progresar por su cuenta. Se podrían obtener metalúrgicos Beeman a partir de los metalúrgicos Hensler, y no sería preciso recurrir a la Tierra en busca de modelos nuevos.

El noviano asintió con la cabeza y bebió un sorbo.

—¿Y dónde obtienen conocimientos sin cintas? ¿Del vacío interestelar?

—De los libros. Estudiando los instrumentos por su cuenta. Pensando.

—¿Libros? ¿Y cómo se entienden los libros sin educación?

—Los libros están hechos de palabras y casi todas las palabras son comprensibles. Los técnicos ya existentes pueden explicar las palabras especializadas.

—¿Y la lectura? ¿Permitirías las cintas de lectura?

—Las cintas de lectura están bien, pero no hay razones para no aprender a leer del viejo modo. Al menos en parte.

—¿Para crear buenos hábitos desde el principio? —dijo el noviano.

—Sí, sí —respondió George, eufórico. El hombre comenzaba a entender.

—¿Y la matemática?

—Eso es lo más fácil, señor... honorable. La matemática es diferente de las demás materias técnicas. Comienza con principios simples y avanza paso a paso. Se puede empezar desde cero y aprender. Está prácticamente diseñada para ello. Luego, una vez que se conoce la matemática adecuada, otros libros técnicos resultan fáciles de comprender. Especialmente, si se comienza por los más fáciles. .

—¿Hay libros fáciles?

—Por supuesto. Aunque no los hubiera, los técnicos pueden tratar de escribirlos. Algunos podrían expresar sus conocimientos en palabras y símbolos.

—¡Santo cielo! —exclamó el noviano a los hombres que lo rodeaban—. Este diablillo tiene una respuesta para todo.

—¡La tengo, la tengo! —gritó George—. Pregúnteme.

—¿Has intentado aprender con libros? ¿O esto es mera teoría?

George se volvió hacia Ingenescu, pero el historiador no intervino. Sólo tenía una expresión de amable interés.

—Lo he intentado —confesó George.

—¿Y da resultado?

—Sí, honorable. Lléveme a Novia y podré organizar un programa y dirigir...

—Aguarda, tengo algunas preguntas más. ¿Cuánto tardarías en convertirte en un metalúrgico capaz de manejar una máquina Beeman, suponiendo que empezaras desde cero y no usaras cintas educativas?

George titubeó.

—Bien... Años, tal vez.

—¿Dos años? ¿Cinco? ¿Diez?

—No lo sé, honorable.

—Vaya, pues te falta la respuesta para una pregunta vital. ¿Cinco años?

¿Eso te parece razonable?

—Supongo que sí.

—Bien. Tenemos un técnico que estudia metalurgia con ese método durante cinco años. No nos sirve de nada durante ese período y hay que alimentarlo, alojado y pagarle.

—Pero...

—Déjame acabar. Cuando termine y pueda usar una Beeman, habrán pasado cinco años. ¿No crees que habrá Beeman modificadas que él no podrá usar?

—Pero para entonces será un experto en aprendizaje. Puede aprender los detalles necesarios en cuestión de días.

—Eso dices tú. Y supongamos que ese amigo tuyo, por ejemplo, hubiera estudiado las Beeman por su cuenta y que hubiese logrado aprender; ¿sería tan diestro en el uso como un competidor que hubiera aprendido con cintas?

—Tal vez no...

—Ah —dijo el noviano.

—Aguarde, déjeme terminar. Aunque no sepa tan bien algo específico, lo que cuenta es su aptitud para aprender más. Quizá pueda inventar cosas que no

inventaría ningún hombre educado con cintas. Contaría usted con una reserva de pensadores originales...

—Con tus estudios, ¿has tenido algún pensamiento original?

—No, pero voy sólo uno y no he estudiado el tiempo suficiente...

—Sí. Bien, damas y caballeros, ¿nos hemos divertido lo suficiente?

—¡Aguarde! —exclamó George, embargado por el pánico—. Quiero concertar una entrevista personal. Hay cosas que no puedo explicar por videófono. Hay detalles...

El noviano dejó de mirarlo.

—Ingenescu, creo que ya te he hecho el favor. Me despido, pues mañana estaré muy atareado. ¡Que sigas bien!

La pantalla se oscureció.

George tendió las manos hacia la pantalla, como si deseara infundirle Vida sacudiéndola.

—No me creyó. No me creyó.

—No, George. ¿Por qué iba a creerte?

George no le prestó atención.

—¿Por qué no? Es verdad. Todo sería favorable. Ningún riesgo. Conmigo y con algunos hombres más para trabajar... Una docena de hombres estudiando durante años costarían menos

que un técnico. ¡Estaba ebrio! ¡Ebrio! No lo comprendió.

George miró en tomo con frenesí.

—¿Cómo llegó a él? Tengo que hacerlo. Esto fue un error. No debí usar el videófono. Necesito tiempo. Una entrevista personal. ¿Cómo...?

—No te recibirá, George —dijo Ingenescu—. Y si te recibiera no te creería.

—Le aseguro que sí. Cuando no esté bebido. —Se volvió hacia el historiador, con expresión de alarma—. ¿Por qué me llama George?

—¿No es tu nombre? ¿George Platen?

—¿Me conoce?

—Sé todo sobre ti.

George se quedó inmóvil, excepto por los jadeos que le agitaban el pecho.

—Quiero ayudarte, George. Te lo he dicho. Te estuve estudiando y quiero ayudarte.

—¡No necesito ayuda! ¡No soy un débil mental! ¡El mundo entero lo es, no yo!

Giró sobre sus talones y corrió hacia la puerta. La abrió de par en par y dos policías se levantaron y lo sujetaron.

A pesar de sus forcejeos, George vio el hipovaporizador que le tocaba la mandíbula, y eso fue todo. Lo último que recordaría sería el rostro de Ingenescu observándolo con amable preocupación.

Abrió los ojos y vio un techo blanco. Recordó lo que había ocurrido. Lo recordaba con distanciamiento, como si le hubiera ocurrido a otro. Permaneció

mirando al techo hasta que la blancura le llenó los ojos y le lavó el cerebro, dejando espacio para nuevos pensamientos y nuevos modos de pensar.

No sabía cuánto tiempo llevaba así, escuchando las divagaciones de su mente.

Sonó una voz en su oído:

—¿Estás despierto?

Oyó sus propios gemidos por primera vez. ¿Había estado gimiendo? Trató de volver la cabeza.

—¿Sientes dolor, George? ~jo la voz.

—Es curioso —susurró—. Tenía tantas ganas de irme de la Tierra... No comprendía.

—¿Sabes dónde estás?

—De vuelta en... la Casa.

Consiguió darse la vuelta. La voz pertenecía a Omani.

—Es raro que no lo entendiera —dijo George.

Omani sonrió tiernamente.

—Duérmete de nuevo.

Se durmió.

Y despertó de nuevo. Tenía la mente despejada.

Omani estaba leyendo junto a la cama, pero dejó el libro en cuanto le vio abrir los ojos.

George se incorporó con esfuerzo.

—Hola —dijo.

—¿Tienes hambre?

—Claro que sí. —Miró a Omani con curiosidad—. Me siguieron cuando me marché, ¿verdad?

Omani asintió.

—Estuviste bajo observación en todo momento. Íbamos a encauzarte hacia Antonelli, para que descargaras tu agresividad. Nos parecía que era el único modo en que podías progresar. Tus emociones te lo impedían.

—Me equivoqué en cuanto a él —observó George con un poco de embarazo.

—Ahora no importa. Cuando te detuviste ante el letrero de metalurgia en el aeropuerto, uno de nuestros agentes comunicó la lista de nombres. Tú y yo habíamos hablado bastante de tu pasado, así que comprendí lo que significaba el nombre de Trevelyan. Habías preguntado cómo ir a la Olimpiada, y existía la posibilidad de que estallara la crisis que esperábamos. Enviamos a Ladislav Ingenescu a tu encuentro para que se ocupara de ti.

—Es un hombre importante en el Gobierno, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Y se tomó interés por mí. Como si yo fuera importante.

—Tú eres importante, George.

Le llevaron un guisado espeso, humeante, fragante. George sonrió y bajó las sábanas para liberarse los brazos. Omani lo ayudó a instalar la mesilla sobre la cama. Comió un rato en silencio.

—Me desperté antes una vez, durante un ratito—dijo George.

—Lo sé. Yo estaba aquí.

—Sí, lo recuerdo. Todo había cambiado. Era como si me encontrara demasiado cansado para sentir emociones. Ya no estaba furioso. Podía pensar. Parecía que me hubieran drogado para borrar las emociones.

—No eran drogas, sólo sedantes. Habías descansado.

—Bien, de cualquier modo, me resultó tan claro como si lo hubiera sabido desde siempre, pero no me hubiese escuchado a mí mismo. ¿Qué buscaba yo de Novia? Quería ir allí, hacerme cargo de un grupo de jóvenes no educados y enseñarles con libros. Pretendía establecer una Casa para Débiles Mentales como ésta, y la Tierra ya las tiene, en abundancia.

Omani sonrió, mostrando sus dientes blancos y relucientes.

—El nombre correcto de estos lugares es instituto de Estudios Superiores.

—Ahora lo entiendo, y me asombra mi ceguera anterior. A fin de cuentas, ¿quién inventa los instrumentos último modelo que requieren técnicos último modelo? ¿Quién inventó el espectrógrafo Beeman, por ejemplo? Un hombre llamado Beeman, supongo; pero no debía de estar educado con cintas, pues, de lo contrario, no habría inventado nada.

—Exacto.

—¿Y quién prepara las cintas educativas? ¿Técnicos especiales? En ese caso, ¿quién hace las cintas para educados a ellos? ¿Técnicos más avanzados? Y entonces, ¿quién...? Tiene que terminar en alguna parte. En alguna parte ha de haber hombres y mujeres con capacidad para tener pensamientos creativos.

—Sí, George.

George se reclinó, miró hacia arriba y por un instante se alarmó de nuevo.

—¿Por qué no se me dijo desde un principio?

—Oh, si fuéramos capaces de hacerlo nos ahorraríamos muchos problemas. Podemos analizar la mente de una persona, George, y prever que será un buen arquitecto o un buen carpintero. No conocemos ningún método para detectar la capacidad para el pensamiento original y creativo. Es demasiado sutil. Tenemos algunos métodos prácticos que señalan a los individuos con potencial.

»El Día de la Lectura se hacen informes sobre ellos. Como en tu caso. Por lo general, el número es de uno sobre diez mil. Cuando llega el Día de la Educación, analizamos de nuevo a estos individuos y nueve de cada diez resultan ser falsas alarmas.

Los restantes son enviados a sitios como éste.

—Bueno, y ¿qué tiene de malo decide a la gente que uno de cada... cien mil termina en sitios como éste? No resultaría tan chocante para los que ingresaran.

—¿Y los que no ingresan? ¿Los noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve que no ingresan? No podemos permitir que todas esas personas se consideren fracasadas. Buscan una profesión y, de un modo u otro, todos las consiguen. Cada uno puede poner «esto o lo otro titulado» con su nombre. De la manera que sea, cada individuo ocupa un sitio en la sociedad, y esto es necesario.

—¿Pero y nosotros? ¿Las excepciones?

—No podemos decidirlo. De eso se trata. Es la prueba final. Aunque hayamos reducido las posibilidades el Día de la Educación, nueve de cada diez de los que vienen aquí no poseen todo lo que se requiere para el genio creativo, y no hay ninguna máquina que nos permita distinguir a esos nueve del décimo. Debe decírselo él por su cuenta.

—¿Cómo?

—Os traemos a una Casa para Débiles Mentales y quien no lo acepta es nuestro hombre. Es un método cruel, pero funciona. No sirve decide a alguien: «Puedes crear. Hazlo». Es mucho más seguro esperar a que él mismo diga: «Puedo crear, y lo haré aunque los demás se opongan». Hay diez mil personas como tú, George, que mantienen la tecnología avanzada de mil quinientos mundos. No podemos permitir el lujo de perder un recluta o de desperdiciar esfuerzos en un miembro que no reúne las condiciones.

George apartó el plato vacío y se llevó la taza de café a los labios.

—¿Y los que... no reúnen las condiciones?

—Con el tiempo se los educa con cintas y se transforman en nuestros científicos sociales. Ingenescu es uno de ellos. Yo soy psicólogo titulado. Somos el segundo peldaño, como quien dice.

George se terminó el café.

—Aún hay algo que no entiendo.

—¿Qué es?

Apartó la sábana y se levantó.

—¿Por qué las llaman Olimpiadas?